

Eduardo Álvarez Ramírez

LA MUERTE, LA NADA Y FRANCESCA





La Muerte, La Nada y Francesca

Eduardo Álvarez Ramírez

Eduardo Álvarez Ramírez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2025.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798293516179
Depósito Legal: ZU2025000212

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Capítulo I

Me resulta difícil empezar a narrarles la historia de mi vida, por lo que les ruego paciencia y comprensión. Nací en el año 2002, lo que automáticamente me convierte en un Centennials. Pertenezco, pues, teóricamente a una generación humana mucho más avanzada que las anteriores, pero siempre he creído que el calificativo no se encuentra acorde a nuestras acciones en la sociedad.

Mi padre fue un destacado apologista de las teorías marxistas, cuyo legado es reconocido por gran parte de la intelectualidad latinoamericana izquierdista. En cuanto a mi madre, pese a no contar con la misma popularidad de mi progenitor, o engendrar tantos hijos como él— de acuerdo a la leyenda, tengo diez hermanos—, siempre fue una mujer responsable. Aunque tampoco tuvo la suerte de estudiar en una universidad, consiguió graduarse en un instituto pedagógico, y desde entonces se dedicó a impartir clases

Luego de dos décadas trabajando como maestra, y una relación amorosa que entre idas y venidas duró más de quince años, sin que en todo ese tiempo mi padre realizase algún paso en concreto para divorciarse de su tercera esposa, Alejandra terminó jubilándose con el cargo de directora. En un país normal, en el que se premia el esfuerzo y amor de un maestro por su loable y humanista profesión, con un sueldo que aunque

durante mucho tiempo alcanzaba para vivir cómodamente, siempre distó de ser el más lucrativo, lo menos a que podía aspirar mi progenitora era disfrutar de un año sabático. No obstante, para ese entonces Venezuela empezaba a padecer de la crisis económica de la cual no ha podido zafarse durante la última década, razón por la cual, al igual que muchísimos maestros en el país, mi madre se vio en la necesidad de recurrir al sector privado para prestar sus servicios.

Hasta los quince años practiqué fútbol. Solía destacar en los partidos, pero la verdad nunca me imaginé siendo un jugador profesional. En ese entonces solo podía verme como un contador o administrador de empresas. Aunque eso cambió gracias a la pandemia, decidiéndome por *Ciencias Sociales* como carrera universitaria. Cuando le informé a mi madre sobre la decisión, cerró los ojos por un momento...y posteriormente se desmayó. Afortunadamente me encontraba detrás suyo. Fui útil como pocas veces en la vida.

Naguanagua, una localidad situada al sur de Valencia, fue la ciudad en que pasé gran parte de mi vida. Históricamente se ha caracterizado por el frío, pero durante mis últimos dos años de existencia hizo un calor sofocante. Como en casi todas las localidades de Venezuela, cuenta con una *Plaza Bolívar*. Detrás de ella se encuentran dos iglesias. La más vieja fue construida durante la época colonial y la otra en tiempos republicanos, convirtiéndola de esa manera en

la única plaza que tiene dos iglesias frente a una estatua del Libertador.

Un día, encontrándome en el recinto recreativo, me atreví a iniciarle conversación a una chica. Su piel era mestiza, poseía un cuerpo esbelto, estaba dotada de hermosos ojos negros y además gozaba de unas gruesas piernas, siendo eso último lo que más me atrajo al visualizarla. En cuanto a la vestimenta, recuerdo perfectamente que llevaba puesto un diminuto short blanco, una franela que ni siquiera le llegaba al ombligo y tacones negros. Mientras conversábamos, tuve una erección. Aunque no era necesario ser un genio para entender la manera como se ganaba la vida, tuvo que ser ella misma quien me lo informó.

—Eres agradable, pero no lo hago con menores.

— ¿Y hoy no puedes hacer una excepción? — le pregunté, solo para fingir que su revelación no me había caído por sorpresa.

—El que sea puta no me convierte en una mujer tonta.

Si decirle nada, le enseñé todo el dinero que tenía guardado en mi cartera. Al ver los arrugados billetes, sonrió levemente. Pensé que me rechazaría, y la verdad me encontraba lo suficientemente preparado para ello. No obstante, luego de un súbito silencio, me dijo que podíamos divertirnos, siempre y cuando yo supiera comportarme de una manera discreta.

—Nunca me ha gustado llamar la atención— dije, con una erección que aumentaba cada vez

más—. Aunque no lo parezca, soy bastante introvertido.

—Avanza dos cuerdas y cruza a la derecha. Espérame en la casa abandonada.

—Allí estaré.

—La paga primero— me agarró del brazo.

Le entregué un billete de cinco dólares.

— ¡Pero qué pillito eres! — exclamó —. ¡De seguro serás un gran hombre de negocios!

La casa abandonada en la cual perdería mi virginidad era visible desde diferentes flancos. Esperé allí durante veinte largos minutos. Cuando empezaba a sentirme estafado, escuché unos taconeos.

—Dime que trajiste un condón.

— ¡Por supuesto que sí!

— ¿Sabes cómo colocártelo?

La divisé con una mirada patética.

Reconozco que me encontraba nervioso. No solamente temía que pudiéramos ser pillados por algún fisgón, sino que también me atormentaba la idea de hacer algo mal. Mientras nos besábamos, me pidió los cinco dólares restantes. Tardé en reaccionar a su pedido, y cuando lo hice, el billete se me cayó al suelo en dos oportunidades.

—Oye, tranquilízate. Todo saldrá bien.

— ¿Cómo te llamas?

—Francesca— respondió, preguntándome de inmediato mi nombre.

—Mucho gusto, Sr. Marco— dijo luego de bajarme el jean de un solo tirón —. A modo de consejo, le pido que respire hondamente.

— ¿Por qué?

— Solo hágalo.

Apenas cubrió mi miembro con su boca, sentí los huesos de mis piernas apelmazados, como si estuvieran chocando entre sí, pero lejos de molestarme, aquello me excitaba. Se me hizo imposible no expulsar un orgasmo.

— Si eyaculas, deberás gastar otros diez dólares— me advirtió, luego de agarrar mi cartera y extraer de ella un condón

— Me agrada como lo haces— musité.

— Y eso que ni siquiera has llegado a la mejor parte.

— ¿En serio hay algo mejor que esto?

No quiso responder a mi impertinente pregunta; solo se limitó a sonreír.

— Veo que te lo estás pasando bien.

— No tienes ni idea.

En efecto, ella no podía tener la menor idea.

— Nunca he sido buena para explicar las cosas, así que solo observa— rompió el sobre del condón con sus dientes—. Como soy buena contigo, la muestra te la haré a nivel profesional.

Después de calzar el condón en la punta de mi miembro, volvió a meter su boca dentro de él. Con cada succión sentía como el preservativo me cubría cada vez más. Lo hizo bastante rápido, algo que me entristeció, aunque no tanto para recriminárselo.

— Es hora de demostrar todo tu potencial, tigre. Nunca me habían llamado así. He de reconocer

que me excitó mucho. Luego de darse la vuelta, yo mismo me encargué de bajarle el diminuto short blanco. A continuación, se humedeció su parte íntima, la primera en la que ingresaría mi miembro. En ese momento recordé mi virginidad, que ya había desaparecido en parte, y que durante los próximos segundos se esfumaría completamente. Pese a masturbarme con algo de frecuencia, hasta ese momento me consideraba alguien bastante puritano.

—Introdúcelo despacio— musitó, sujetando la punta de mi miembro—. El porno suele malacostumbrarlos.

—¿Y quién dice que yo gasto mi tiempo en ello?
—Yo lo hago, y jamás me he sentido avergonzada.

Entré en ella con suavidad. De inmediato solté un orgasmo, que pese a no tan violento como el anterior, era igual de genuino.

—Estás divina.

—¿Te gusta cogerme?

—¡Oh, no tienes ni idea! — mi mano derecha apretó con fuerza uno de sus senos.

En medio de la penetración, escuché unas pisadas. Apenas dirigí mi cabeza hacia el origen del sonido, noté que estábamos siendo divisados por una mujer.

—¿Qué carajo estás mirando? — le preguntó Francesca.

—No sabía que te encontrabas tan desesperada.

—¡Vete al diablo, Jessica!

Al comprender que solo se trataba de una colega suya, el deseo volvió a prender mecha en mí. Penetré a Francesca con una mayor fogosidad.

— ¡Dale con todo! — gritó la insoportable visita, luego de darse vuelta—. ¡Se lo tiene merecido por andar buscando a menores!

— ¡Cierra el pico! — le reprendió Francesca con una voz agudísima, producto del toqueteo de nuestros cuerpos.

Volvimos a quedar solos en la casa. Mientras eyaculaba, exclamé el nombre de la mujer que acabó con mi inocencia. Vuelto a la normalidad, es decir, a mi habitual timidez e introspección, ella misma se encargó de quitarme el preservativo, teniendo además la gentileza de enrollarlo.

—La próxima vez me gustaría hacerlo en un lugar más cómodo— me informó, luego de tocar mi miembro y unir mis labios con los suyos—. Si vuelves a contar con diez dólares, y cuentas con una casa o apartamento disponible, búscame.

— ¿Y si quiero repetir el encuentro acá?

—Entonces asegúrate de darme propina, porque mi tarifa por cada polvo son *diez verdes*

—Lo tendré en cuenta.

En la vida fracasé una y otra vez, pero al menos no morí virgen. Siempre me costó deslastrarme del pasado, sobre todo cuando me sentía muy vinculado a él, ya sea por medio de objetos o personas. Francesca no fue la excepción. Jamás la responsabilizaré por mi suicidio, aunque, sin ella saberlo, influyó para que el hecho sucediera. Pero

eso carece de importancia. Lo sustancial es que acabé con mi vida, y lo hice por la sencilla razón de ser un fracasado.

Capítulo 2

Hay quienes aseguran que el primer polvo hace que lo pienses dos veces cuando te sientes tentado a ver pornografía; quizás algunos puedan validar esa hipótesis, aunque conmigo no se cumplió. De hecho, comencé a consumir mayor contenido de ese tipo. Aunque prefería tener sexo. Además de ser mucho más placentero, me sentía menos idiota luego de eyacular. Mi apetito sexual fue voraz. Posiblemente lo heredé de mi padre.

Físicamente nunca me consideré un chico atractivo. Mi cuerpo era delgado. Medía exactamente un metro y ochenta tres centímetros, era blanco de piel, con larga cabellera, y poseía varios acnés en la cara. A simple vista parecía un nerd. No obstante, jamás llegó a mis oídos que alguien me calificara de esa forma. Mis piernas, que cuando practicaban fútbol se veían muy atléticas, se “secaron” cuando dejé de ejercitarlas. Siempre me lamenté de ello, pero jamás hice nada para cambiarlo. Me interesaban los gimnasios, aunque nunca me atreví a entrar en uno. La sola idea de que personas musculosas divisaran mi desgarrado cuerpo me aterraba.

Me gradué de bachiller en plena pandemia. Cuando la idea de pasarme todo el día masturbándome me pareció agobiante, decidí invertir parte de mi tiempo en una empresa de la cual jamás me lamentaré: nutrir el intelecto. Rápidamente descu-

brí que mi apetito sexual se compaginaba por mi amor hacia el conocimiento. En mi hogar apenas había libros, pero contaba con un Smartphone. Allí leí un montón. La mayoría eran sobre la *Historia de Venezuela*, algo bastante curioso, porque durante los años anteriores dicha asignatura me aburría de sobremanera. El período de *La Guerra de Independencia* me interesó muchísimo. Siempre me pregunté a cuál de los dos bandos pertenecieron mis antepasados. Lógicamente prefería el ejército patriota, pero si defendieron la causa realista no me hubiera molestado con ellos.

Leí tres biografías sobre Bolívar. La última fue la del español Salvador Madariaga. Diferí en ciertos juicios que le hizo al Libertador, aunque su trabajo me pareció bastante interesante. Uno de los grandes problemas de la historiografía nacional es el excesivo culto que se le hace a nuestra principal figura histórica. Responsables hay varios, pero quizás el mayor de todos sea el general Antonio Guzmán Blanco, presidente de Venezuela en tres oportunidades. No quiero que se me malinterprete. Más que un militar y político de primer orden, Bolívar, al menos para mí, es el *Padre de la Patria*. Sus errores, que los tuvo como cualquier mortal, lejos de empequeñecer sus méritos, solo lo hacen más humano. Su muerte, al menos para quienes lo admiramos, provoca gran tristeza, pero no queda más que mirar hacia delante. Siempre soñé con visitar la Quinta de San Pedro de Alejandrino, lugar en que expiró, convertida en museo. Fracase.

Fue difícil escoger una carrera humanista. El gobierno se ufana asegurando que cuenta con un sistema educativo gratuito en todos los niveles, pero a cambio de ello los docentes cobran una verdadera miseria. Claro que en ello afectan las sanciones económicas, que resultan un verdadero cáncer para la finanzas del país. No obstante, nadie puede los altos niveles de corrupción y privilegios que gozan muchos políticos y empresarios afines al oficialismo, quienes, con una impresionante desfachatez, no tienen complejos para pedirle al común de los venezolanos, principales perjudicados de la disyuntiva, que resistamos, porque vendrán tiempos mejores.

Ingresé a la Facultad de Ciencias de la Educación, en la mención de Ciencias Sociales, de la ilustre Universidad de Carabobo. Mi padre fue uno de los fundadores de la facultad en la referida casa de estudios. Desconozco cómo diablos se enteraron, pero desde el primer día los profesores me identificaron como su hijo, por lo que siempre me trataron con mucho respeto. Quienes llegaron a convivir con él, me aseguraron que nuestros gestos, manera de hablar, e incluso el estilo para caminar se asemejaban.

En el segundo semestre me destaqué en una asignatura que tenía el pomposo nombre de *Desarrollo Histórico Social de Venezuela*. En vida no solía vanagloriarme de mis méritos académicos, pero como cuando lean esto ya me encontraré en el *más allá*, atestiguo que en todas las evaluaciones obtuve la máxima nota.

—Eres un chico muy inteligente— me dijo el último día de clases Ramón, quien llevaba sus años en la universidad como profesor. Había nacido en Caracas y estudiado en la UCV, pero decidió mudarse a Valencia por amor, y desde entonces impartía clases en la Universidad de Carabobo—. Tu padre estaría muy orgulloso.

—Mi padre era un verdadero sinvergüenza— afirmé sin pelos en la lengua—. Todos aquí lo veneran e idolatran como si de un Dios se tratase, pero eso es únicamente porque solo conocen una parte de él.

Ramón no pudo evitar soltar una pequeña carcajada.

—Tienes razón, Marco.

Pensé que profundizaría, pero solo se limitó a divisarme fijamente a los ojos. De repente, cuando yo menos lo esperaba, explotó en llanto.

— ¿Qué le sucede, profesor?

—Es sobre tu padre— se llevó sus manos al rostro. A diferencia de sus colegas, Ramón no le rendía pleitesía alguna a mi progenitor. Me preparé para escuchar lo peor.

— ¿Qué hizo?

—Convirtió mi vida en algo miserable.

Mi profesor preferido seguía llorando. Lo normal hubiera sido consolarlo, pero apenas me moví. Luego de sacar un pañuelo de su pantalón, se lo pasó por el rostro.

—Los años pasan, pero el recuerdo prevalece— musitó, cuando ya se encontraba un poco más sosegado—. Jamás pude perdonar a tu padre.

Percibí que era el momento adecuado para actuar. Si aprovechaba la oportunidad, podía escuchar lo que tanto deseaba. Por fin alguien bajaría del pedestal a Rubén.

—Somos dos— le aclaré.

—Fue una persona de excelente trato, pero cuando se trataba de su bienestar sexual, siempre actuaba como un puto egoísta.

—¿En qué sentido?

—Tenía un talento especial con las mujeres.

Fruncí el ceño. Me imaginé que el rencor de Ramón se debía a un asunto de faldas. De alguna manera eso me complacía, porque al menos escucharía una crítica hacia mi progenitor, a quien parecía rendírsele más culto que al mismísimo Simón Bolívar dentro de la Facultad. Por desgracia, la acusación no me parecía lo suficientemente grave.

—Supongo que se acostó con su esposa— dije sin ningún tipo de anestesia.

—Y cuando se cansó de ella, la abandonó como a un perro carnoso.

Rubén debió ser un maestro del engaño. Embarazar a diez mujeres no es poca cosa. Seguramente habría sido un buen espía. Nació en tiempos de la Guerra Fría, pero muy lejos de la Unión Soviética. Jamás hubiera podido trabajar en la CIA, porque sentía un profundo rechazo hacia lo estadounidense. Nunca lo dijo abiertamente, pero basta con leer sus ensayos para darse cuenta de ello. En mi hogar tengo los tres tomos de

su trabajo más valioso. Durante la pandemia los leí. En ellos diserta sobre las teorías marxistas, y como estas pueden llevarse a la práctica en Latinoamérica, pese a no tratarse de estados industrializados. Aunque se trata de un tema complejo y aprovecha la oportunidad para explayarse en aspectos menores, todo lo explica de una manera diáfana. Esa obra lo catapultó a la fama. Anteriormente había publicado algunos libros, pero apenas se vendían.

—Ella quedó destruida por la separación— afirmó Ramón al rato, con los ojos apuntando hacia el techo, y desabrochándose el nudo de la corbata verde con la que siempre asistía a la universidad—. Intenté interceder, porque todavía la amaba, pero fue muy tarde.

—¿Qué le pasó?

—Decidió acabar con su vida.

Capítulo 3

El suicidio de Rosa me perturbó muchísimo. Durante varios días recreé, a mi manera, cómo pudieron ser sus últimos instantes de vida. No era una tarea sencilla, puesto que ni siquiera contaba con una simple foto suya. Por primera vez me obsesioné con el tema del suicidio; solía decirme que tenía el asunto bajo control, pero ahora me doy cuenta de cuán equivocado me encontraba. Paralelamente a ello, mi progenitora comenzó a tener más responsabilidades en la iglesia evangélica a la cual asistía desde hacía un año. Cuando ya su fe hacia la providencia era total, me incentivó a que emulara sus pasos. Fue bastante persistente, pero nunca acepté la oferta. Si hubo ocasiones en que estuve muy cerca; ella nunca lo supo, porque siempre me mostraba muy seguro negando el ofrecimiento. Jamás me consideré una persona atea, aunque desde la niñez notaba el desapego hacia Dios.

Debido a la revisión de los pensum académicos en todas las facultades, y las elecciones para escoger a la nueva junta directiva, no habría clases durante los próximos dos meses en la universidad. A uno de mis compañeros de clases se le ocurrió la idea de organizar una fiesta para celebrar el hecho. Su nombre era Ernesto. Le fascinaba el inglés, y la verdad lo pronunciaba bastante bien. Antes de recibir su invitación, apenas habíamos intercambia-

do palabras fuera del aula. Formaba parte de un grupo bastante bochinchero. Uno de sus integrantes, Maximiliano, todo el tiempo aseguraba que los Leones del Caracas y los Navegantes del Magallanes competían por contratarlo, pero que mientras el pensaba en cuál de los dos equipos jugar, había decidido estudiar educación física.

—Obviamente no quiero ser profesor— les aclaraba a todos luego de informarlos sobre la noticia—. La paga es una mierda; y yo soy un pelotero muy talentoso para morirme de hambre.

Nunca creí su historia. Conocía bien que a su edad ya debía estar contratado por algún equipo. Aun así, al menos durante los dos primeros semestres, a Maximiliano se lo trataba con excesivo respeto dentro de la universidad. Las chicas se volvían locas por el sucesor de Miguel Cabrera, e incluso se rumoreó que tuvo sexo con una profesora, lo cual devino en un verdadero escándalo, que terminó siendo desmentido de manera categórica por los involucrados.

Pese a también recibir la invitación, ninguno de mis amigos asistió a la fiesta, puesto que vivían muy lejos. Después de pensármelo bien, decidí hacer acto de presencia. El carro de mi madre estaba en un taller, y para mi gran pesar, yo no tenía ningún dólar en la cartera— aunque el Bolívar es la moneda oficial en Venezuela, esta se encuentra tan devaluada que prácticamente no se utiliza— por lo que me vi obligado a caminar hasta la casa en que se desarrollaría la fiesta.

— ¡Pero miren quien acaba de aparecerse por acá! — exclamó alegremente Ernesto, apenas entré a su hogar.

—Gracias por la invitación.

— ¡Tonterías! — me abrazó como si fuéramos mejores amigos—. ¡Lo importante es que tú estás aquí!

Su efusividad me avergonzaba. Por suerte, antes de expresarle cuan agradecido me encontraba por su calurosa bienvenida, una voz femenina lo llamó por el nombre. Provenía del piso donde nos encontrábamos, pero más al fondo.

—Es Anastasia— me informó.

Mientras subía las escaleras, lo miré fijamente, notando de inmediato la alteración en su semblante. De pronto una chica se le acercó, y luego de agarrarlo por el cuello, lo besó apasionadamente.

—Marco— escuché, apenas llegué al segundo piso.

—Hola, Maximiliano.

—Me alegra verte por acá— dijo genuinamente—. Te presento a mi novia— ambos nos saludamos sin darnos las manos—. Amor, siéntete orgullosa de que te haya presentado a alguien tan inteligente.

La novia de Maximiliano arqueó sus cejas.

— ¿Quieres una cerveza?

—No me gusta el alcohol.

—Es cierto. Recuerdo escuchártelo decir en una ocasión.

—Deberías ser como él, cariño— le espetó su novia, quien estaba completamente sobria—. En

las fiestas puedes divertirte, pero siempre es bueno mantener la compostura.

—La vida es una sola.

De inmediato, me crucé de brazos y respiré hondamente. La misma reacción tuvo su pareja, con quien además intercambié unas fugaces miradas cómplices. Al darse cuenta, Maximiliano me preguntó si todo estaba bien.

— ¡Por supuesto que sí! — le respondió ella por mí—. Solamente no comparte tu filosofía de vida... y a decir verdad, yo tampoco.

A continuación, Maximiliano nos miró a ambos con un evidente desdén, y luego de propinarle una fuerte nalgada a su chica, tocó uno de sus senos. Lejos de molestarla, aquello pareció agradaarle a ella.

—Te amo— dijo.

Como el supuesto jugador de béisbol, por quien los dos equipos más importantes de la liga nacional competían entre sí para contratarlo, me dio la espalda al besar a su novia... esta última, al no sentirse divisada por él, se me quedó viendo de una manera bastante sensual, y mientras pasaba sus uñas por el cabello de Maximiliano, abrió su boca hasta más no poder, y con un descaro impresionante, me mostró su carnosa lengua. Aunque su actitud me repugnaba, de inmediato mis piernas comenzaron a flaquear, los deseos por desnudarla en el baño o una habitación cercana se activaron, e incluso las poses para cogérmela se impregnaron en mi mente. Siempre le reproché a

mi padre el haber sido un empedernido mujeriego, pero yo no acostumbraba a desaprovechar las oportunidades con las mujeres. No me importaba que fueran bonitas o feas, solo que abriesen sus piernas en el momento oportuno.

—Bueno, es hora de que volvamos a la normalidad— Maximiliano se volteó lentamente, puesto que la borrachera no le permitía hacerlo de otra forma—. Marco es una buena persona y merece ser tratado de la mejor forma posible

—Tienes razón, amor.

Mientras el imbécil de Maximiliano me confesaba lo agradecido que estaba por tener una novia tan cariñosa— así la calificó—, su teléfono sonó. Tenía un tono de llamada bastante patético.

—Es Ricardo— anunció mi compañero de clases, luego de divisar la pantalla.

—Déjame ver— su novia le quitó el Smartphone de las manos.

— ¿Todavía desconfías de mí, amor?

—No me gusta dejar cabos sueltos— se lo devolvió. Mientras mi compañero de clases conversaba con la persona que lo estaba llamando, únicamente dejaba de divisar a su novia para pestañear. Yo hacía exactamente lo mismo. La muy sinvergüenza había logrado ponérmela dura.

—No te escucho, Ricardo— se lamentó el hombre cuya novia no paraba de mirarme de la manera más maliciosa, descarada y desfachatada posible.

—Tal vez deberías moverte para conseguir una mejor cobertura

—Buena idea, amor.

Cerca de nuestra ubicación, se abrió la puerta de un sanitario, saliendo de él un sujeto con ojeras y la nariz irritada.

Me daba un poco de lástima Maximiliano. No éramos amigos, y en lo que al menos a mi respecta, jamás quise serlo. Sin embargo, tener relaciones sexuales con su novia, luego de él mismo presentármela, me parecía un acto de lo más ruin y descarado. Pero el deseo fue superior a la razón.

Rápidamente nos dirigimos hacia el sanitario. No he profundizado sobre la belleza de la chica, así que aprovecharé la oportunidad para hacerlo. Como dije anteriormente, era morena. Su piel estaba muy hidratada y olía excelente. Daba placer morderle cada lugar de su cuerpo. Tenía un cabello rizado, muy bien cuidado. Sus ojos eran grandes. No me atraieron sus cachetes, porque estaban muy descarnados. Los labios eran gruesos, como los de las negras, y los utilizaba muy bien. En cuanto a su trasero, la verdad es que los había visto mucho más grandes, pero el suyo se encontraba muy firme. Sin ningún lugar a dudas, las piernas era lo mejor que tenía, además de gruesas, también eran rectas, y gozaban de un brillo que alimentaba el deseo.

Entramos con mucho apuro. Una vez dentro, ella le colocó el seguro a la puerta.

—Espero que algún día pueda perdonarme.

La miré patidifuso. El deseo por tener sexo seguía intacto, pero sus palabras me habían sorprendido

muchísimo; por un momento dudé en continuar.

— ¿Quieres hacerlo? — le pregunté.

— Sí, claro.

Como todavía desconfiaba de sus intenciones, decidí quedarme petrificado, limitándome solamente a divisarla. Ella se mordió su labio inferior de una manera muy sexy. Sin embargo, cuando estaba a punto de besarla, explotó en un desconsolado llanto.

— ¡Eres una basura! — exclamó, separando violentamente nuestros cuerpos—. ¡Yo también lo soy, el mundo en general es una basura!

Además de no tener ninguna clase para llorar, era muy ruidosa, algo que no era bueno para ninguno de los dos.

—Hablemos, querida— le dije, al recordar que no me había dicho su nombre.

— ¡No voy a caer en tu juego! — gritó, agarrándose con fuerza el cuello de la camisa— ¡Me repugnas! — sus ojos estaban abiertos hasta más no poder—. Estoy cansada de que todos jueguen conmigo.

—Solo quiero platicar.

Ella siguió sin creermelo, pero al menos me soltó. Luego, lamentándose de lo sucedido, se echó al suelo, continuando con el llanto. Pensé en Maximiliano. El muy idiota no sabía que estaba en el baño junto a su novia, y aunque en un principio había tenido intenciones de follármela, ahora estaba preocupado por su salud mental. Aquello me causó gracia.

— ¿De qué te ríes?

—De lo loca que es esta vida.

No dijo nada. Unos minutos después, ya había dejado de llorar. La situación me exasperó un poco. Se me antojó un cigarrillo. Era la primera vez que aquello sucedía. Se lo hice saber.

— ¿Y eso debe importarme?

Negué con la cabeza.

—Eres raro— afirmó.

Me crucé de brazos. No tendría sexo con ella y encima debía aguantarme sus impertinencias. Ambas cosas eran demasiado para un alma tan orgullosa como la mía. La puse al tanto de mi enfado.

—No me importa.

—Ha sido un placer, querida— le quité el seguro a la puerta.

— ¿Adónde vas?

—No tengo ni la menor idea.

Apenas salí del baño, mi pierna derecha fue detenida por sus delicadas manos. Cerré la puerta de inmediato.

— ¿Qué carajo quieres?

—A ti

—Eso es imposible— afirmé.

Mis palabras la hirieron, porque una vez más sus ojos expulsaron lágrimas. No podía creer lo que me estaba sucediendo. Aquello era un verdadero calvario. Decepcionado de la mujer que divisaba, de Maximiliano, de la existencia humana; de la cual formaba parte, no siendo más que un simple

peón, pero perteneciendo a ella al fin y al cabo, finalmente salí del baño.

Era tiempo de invertir mis neuronas en otra chica; no importaba que fuera bonita o fea, solo que estuviera dispuesta a abrir sus piernas.

Capítulo 4

Hubo poco licor en la fiesta y además las chicas fueron bastante conservadoras a la hora de abrir sus piernas. Caí en un estado de desesperación, e incluso no creo exagerar al afirmar que por momentos rayé en la demencia. Realmente necesitaba tener sexo. Más que placer y satisfacción buscaba desahogo. Por suerte lo conseguí. La chica a quien se lo hice era bastante linda, además de muy cursi. No diré su nombre por respeto. Durante el ligue intercambiamos nuestros números telefónicos. Como sentía que ya había cumplido con la tarea, me fui de la fiesta inmediatamente después de *tirármela*. Quise despedirme, pero tardó mucho en salir del cuarto.

El mismo día de la fiesta, de regreso a mi hogar, recibí una inesperada noticia: mi madre se casaría. —Entiendo que ahorita te sea un poco difícil asimilarlo, pero ten plena seguridad que lograrás hacerlo— me dijo a modo de consuelo—. Ambos hemos superado cosas muchos peores.

Cuando le dije que no asistiría a la boda, se enfadó. Me recordó todas las veces que me había apoyado cuando nadie lo hacía. Se lo recliné de inmediato, aduciendo que yo también podía vanagloriarme de apoyarla en sus peores momentos.

—Eres un chiquillo muy ingrato— afirmó, luego de abofetearme.

—Y usted una dama incapaz de controlar sus emociones.

De inmediato me dio la espalda. Pensé que lloraría, porque siempre fue una mujer muy emocional, pero ninguna gota salió de su rostro. Cansado del dramatismo, le recordé que era una adulta, y por tal razón podía hacer lo que le pareciera. Se volteó de inmediato.

—Pero no asistiré a la boda.

Me divisó con ternura. Fue la última vez que lo hizo.

—Y yo no te obligaré.

Un mes después se casó. No diré el nombre del afortunado ni tampoco me tomaré la molestia de describirlo físicamente— aunque no asistí al evento, recibí fotos—. Por su propio bien espero que la esté tratando como se merece, porque si llego a enterarme de lo contrario, no lo dejaré dormir tranquilo.

Desde niño me había imaginado ganando dinero en un supermercado, y aunque envíe mi currículum a tres de ellos, todos me informaron que el trabajo era de tiempo completo. Les expliqué que era un estudiante universitario. Palabras más o palabras menos, ellos me contestaron que no les importaba, porque el empleado debía adaptarse a las condiciones de la empresa. Les espeté que no querían ver al país crecer, porque solo con la educación podíamos lograr superarnos. Dos me colgaron de inmediato y el restante me acusó de chavista. Como la situación me abrumó demasiado, de inmediato encendí mi laptop, busqué en inter-

net videos pornográficos y me apresuré en masturbarme. Todo mi cuerpo se relajó. Reconocía la adicción que padecía, pero me parecía necesaria. Solo así podía sobrellevar mi miserable vida.

Finalmente conseguí trabajo en una panadería de mala muerte. Asistía de lunes a viernes, aunque solo de 2 de la tarde a 9 de la noche. Desgraciadamente no pude tener sexo con ninguna de mis colegas. Además de ser mayores, todas se encontraban casadas y respetaban los votos que habían realizado con sus maridos.

Los servicios públicos se encontraban muy deteriorados, así que el gobierno se decidió por privatizarlos, dejando las empresas en *verdaderos revolucionarios*, quienes ultrajaban el capitalismo a cada rato, pero se comportaban como un buen representante del sistema. El pueblo, cuyo único pecado era tener a un gobierno sancionado internacionalmente, pero también irresponsable, con un plan económico que solo generaba pobreza, y una política que atentaba contra la libertad de expresión, seguía siendo el principal perjudicado. Temía hablar con alguien sobre lo herida que estaba Venezuela. Si criticabas al gobierno, eras un fascista. Pero si hacías lo propio con la oposición— al menos su ala radical—, cuyas directrices la seguían directamente de Washington, inmediatamente te convertías en chavista. No existía un punto medio. Venezolano odiaba a venezolano por pensar distinto. Y mientras eso sucedía, la pobreza seguía acrecentándose en el país.

Luego de casarse, mi madre se mudó al apartamento de su flamante esposo. Aproveché la oportunidad para invitar a cuanta universitaria deseara revolcarse conmigo. Algunas lo hacían por amor, otras por despecho, e incluso hubo quienes por desahogo. En una semana me acosté con cuatro mujeres. Estaba en mi salsa. Los minutos posteriores al polvo me alegraban de sobremanera, y en ocasiones aceptaba los abrazos que ellas me ofrecían luego de intimar. Mi sueldo lo gastaba en condones, lubricantes, salidas mundanas y algo de comida. Mensualmente recibía dinero de mi progenitora; gracias a ello me mantenía a flote. En ningún momento me recriminó los bochinches, pero soy consciente que llegaron a sus oídos.

La plaza Bolívar de mi ciudad se encontraba muy deteriorada, a la espera que el alcalde, con el propio dinero de los contribuyentes, dieran la orden de restaurarla, para posteriormente hacer publicidad de ello hasta el final de su mandato, y por qué no, de una hipotética reelección. Decidí visitarla un sábado. Luego de tomar asiento en un banquito de madera, divisé la estatua del *padre* de cinco naciones. En ello me encontraba cuando unas delicadas manos se posaron en mi espalda.

— ¡Francesca! — exclamé.

— Ahora soy Susana.

La mujer a quien miraba, sin ningún lugar a dudas, se trataba de Francesca, la fémina que había conocido tres años atrás y con la cual perdí la virginidad en una casa abandonada, muy cerca de allí.

Le pedí que tomara asiento, lo cual hizo con premura.

Yo no visitaba la plaza desde la pandemia. Pero eso no se debía exclusivamente al confinamiento. Durante los primeros meses sí, obviamente. Había mucho temor en las calles, no solo por los estragos que había causado el Covid—19 en Europa y Asia, sino también por la escasa resistencia con que podía afrontarlo el debilitado sistema de salud pública. Sin embargo, a medida que fue transcurriendo el tiempo y las vacunas ingresaron al país, las normas del confinamiento se flexibilizaron. Se podía salir a ciertas horas. Durante un tiempo pensé en visitar la plaza, ver la estatua de Bolívar, darles comida a las palomas, o cualquier otra cosa por el estilo, pero nunca lo hice. Sabía que Francesca no estaría allí.

Después de nuestro primer encuentro sexual, comencé asistir a la plaza con una mayor asiduidad. Al principio pensó que la acosaba. De inmediato le informé que aquello no era verdad; que solo buscaba ser su amigo. Me ignoró durante tres días. Al cuarto me dirigió la palabra.

—Entonces quieres ser mi amigo.

—Así es, querida— miré mis zapatos—. Entiendo que pueda parecerte extraño, pero de verdad quiero que lo seamos.

—Estás jodidamente enfermo— afirmó, antes de expulsar unas estruendosas carcajadas.

A veces no charlábamos mucho, porque un cliente se antojaba de follársela. Si solamente era un

polvo, sea en un carro, o en la casa abandonada que por momentos funcionaba de tiradero, me quedaba a esperarla. Cuando ya me había ganado su confianza, solía confesarme cuan placentero eran sus encuentros. Aquello no me excitaba en lo más mínimo, pero sí me divertía mucho. Solía burlarse de sus amantes.

Nos despedíamos al anochecer. A diferencia de en las tardes, adónde era una de las pocas prostitutas dentro en la plaza, durante la noche el lugar se llenaba de mujeres que le ponían precio a su cuerpo. Generalmente los clientes se trataban de hombres casados.

Claro que no todo fue conversar. Ocasionalmente pagaba por sus servicios. No tenía carro, y en la casa estaba mi madre, así que debíamos recurrir a la casa abandonada. Como sabía que eso la molestaba, le daba propina. Jamás le conté a nadie acerca de nuestros encuentros. Mis compañeros del bachillerato no me lo hubieran creído, mientras que si le confesaba a mi progenitora la verdadera razón por la cual asistía todas las tardes a la plaza, lo más probable es que pausara mi mesada— cuyo dinero iba casi de manera íntegra al bolsillo de Francesca—. Para no levantarle ningún tipo de suspicacia, me excusaba en que visitaba a Wilfredo, un amigo ficticio.

Durante la adolescencia se cometen todo tipo de idioteces. En mi caso jamás realicé algún acto vandálico, bebí alcohol de manera desenfrenada en una fiesta, o “piropeé” a una mujer en plena

calle. Algunos considerarán que hacerse amigo de una prostituta es peor a lo antes nombrado, pero difiero completamente. Conversar con Francesca me hizo crecer muchísimo como persona.

Como no podía ser de otra forma, terminé confesándole mi amor.

—No puedes enamorarte de mí— me dijo, encendiendo un cigarrillo—. No ganarás nada con ello.

—Tal vez tengas razón— murmuré.

— ¡Por supuesto que la tengo! — exclamó, posando una de sus manos en mi hombro.

Durante todo ese día no volvimos hablar sobre el tema. Al siguiente, muy avergonzado, me disculpé. Ella reconoció que había sospechado de mis intenciones desde un principio.

— ¿Podemos seguir con nuestra amistad?

Su respuesta fue abrazarme fuertemente. Aunque siempre odié ese tipo de contacto físico en lugares públicos, he de reconocer que me sentí muy reconfortado. Desde entonces, cada vez que conversábamos, no pasaba un minuto sin que el uno abrazara al otro.

Cuando mejor se encontraba nuestro particular vínculo afectivo, fui víctima de una fuerte apuñalada en el corazón: se mudaría a Caracas. No me explicó las razones, tan solo me puso al tanto. Le confesé cuanto la apreciaba, y lo bien que se me hacía charlar con ella.

Terminamos llorando como unos tórtolos. Como estaba convencido de que no la volvería

a ver en la vida, le pregunté si podía besarla, aun cuando no tuviera dinero, a lo que accedió.

Los días subsiguientes representaron un verdadero calvario. No pensé en suicidarme, pero añoraba estar muerto. Regresé a la plaza un par de semanas después.

Justo cuando estaba empezando golpearme la nostalgia, escuché a una mujer vociferar mi nombre. El lugar se encontraba muy concurrido.

— ¡Marco! — volvió a repetir la misma voz, logrando que esa vez pudiese visualizar su origen—. ¡Pensé que habías muerto!

—Ojalá lo estuviera.

Luego de unos segundos en completo silencio, Jessica, la colega de mi amor frustrado, me entregó una carta. La recibí con sorpresa.

—Es de Francesca— dijo, mirándome con ternura. La abrí de inmediato. Jessica se marchó antes de que pudiera darle las gracias. La carta estaba escrita con una letra hermosa, pero pésimamente redactada. Intenté localizar a quien me la había entregado. Cuando por fin la encontré, fruncí el ceño. Acababa de entrar a un auto. No tuve otro remedio que esperarla impacientemente. Para mi mala suerte, o su cliente había pagado por un servicio completo, o el estúpido tardaba mucho en eyacular.

— ¿Cuándo te entregó esto? — le pregunté apenas salió del auto.

No me respondió de inmediato; apenas podía respirar con fluidez. Supuse que su encuentro había sido *complicado*. La ayudé a que tomara asiento.

—Tienes manos suaves— confesó, cuando ya había regresado a la normalidad.

Le repetí la pregunta.

—Apenas se despidieron— me contestó—. Ella estaba segura de que continuarías visitando la plaza.

Esta vez sí le agradecí. Me recordó que había guardado la epístola durante dos semanas. Le entregué un billete de cinco dólares. Lo aceptó gustosa.

Corrí hacia mi casa con mucha prisa. Recuerdo que mi madre estaba en el sofá charlando con una vecina. Las saludé a ambas con religiosa cortesía. Apenas entré a mi cuarto, encendí la luz y posteriormente hice lo propio con el ventilador. Coloqué la carta en la cama. Cuando únicamente llevaba puesto el bóxer, me arrojé con la sábana. Releí la epístola varias veces; no recuerdo con exactitud cuántas.

Tres años después, de nuevo estaba frente a mi mejor amiga, amante y confidente. El simple hecho de verla me había transportado al pasado.

— ¿Qué diablos haces aquí? — le pregunté.

He vuelto al negocio— contestó, mientras se pasaba las manos por el cabello—. Ya hace dos meses que lo hago.

— ¡Dos meses!

—Tal vez sean tres— reflexionó, posando sus postizas uñas en mi espalda, que estaba algo encorvada—. No he llevado la cuenta.

—Pudiste haberme avisado.

—Nunca me diste tu número telefónico.

Ella nunca me lo había pedido, pero tampoco hubo intenciones de mi parte en que lo obtuviera. Además de tener la seguridad que la encontraría todas las tardes en la plaza, en aquel tiempo yo compartía teléfono con mi madre. Mi progenitora únicamente utilizaba el WhatsApp, pero eso era suficiente para fisgonear mis conversaciones. Nada más fácil que saber cuál su reacción cuando se enterase de mi nexos con una prostituta.

—Estás hermosa— le dije—. Obviamente que has envejecido, pero eso no te ha quitado lo hermosa.

—Siempre tan parco en los halagos— musitó, quitando la mano de mi espalda—. ¿Te sigue aburriendo la poesía?

Me sorprendió que se recordase de ese detalle. Solía decirme que debía leer poesía, porque eso me permitiría abrir piernas. Después que se fue de la ciudad, acaté su consejo. Me agradaron unos poemas de Mario Benedetti, pero cerré el libro apenas se me vino a la mente su rostro. Durante mucho tiempo fue lo único que leí de ese género literario.

—Estoy escribiendo una novela— le informé—. Todavía no le he puesto nombre, pero trata sobre la adolescencia. El personaje principal se llama Mathías.

— ¿Y es tan morboso como tú?

Negué con la cabeza.

—La literatura erótica cada vez consigue más adeptos.

—No creo que pueda escribir un libro de ese tipo— coloqué mi mano derecha sobre una de sus piernas.

— ¿Por qué?

—Soy bastante introvertido.

Ambos soltamos unas estruendosas carcajadas. Mi mano continuaba encima de su pierna. Aquello no la molestaba en lo más mínimo. Pensé en besarla.

—Te eché de menos— admití.

—Yo también.

No pude contener el deseo. Sin advertírselo, acerqué de manera brusca mi boca hacia la suya. Nos besamos. Pareció gustarle, porque me siguió el juego. Cuando dejamos de tener contacto, la divisé por largo tiempo. La deseaba para mí, aun cuando solo fuera por un rato. Por desgracia, mi cartera no tenía ni un mísero dólar.

— ¿Qué ha sido de tu vida?

La puse al tanto acerca del matrimonio de mi madre, la casa que estaba bajo mi cuidado, y lo mucho que me había costado conseguir un trabajo lo suficientemente bueno como para gozar de una verdadera independencia económica.

Después de escucharme atentamente, Francesca se puso de pie con gran avidez. Supuse que me recriminaría el haberme atrevido a besarla.

—Es hora de irnos— dijo.

— ¿Pa' dónde?

— ¡A tu casa, querido!

Le dije que no estaba de ánimos para juegos. Su respuesta fue abrazarme, preocupándose en que

mi rostro posase sobre sus senos. La sensación fue agradable.

— ¿Quieres cogerme o no?

— ¡Por supuesto que sí! — exclamé.

—Entonces no pierdas tiempo.

Por sorprendente que pareciera, mis sentimientos por ella, aun cuando habían transcurrido tres años, seguían estando intactos. Agarré su mano.

—Ahorita no tengo como pagarte— le informé apenas salimos de la plaza, aun cuando una parte de mí deseaba callar eso.

Como no me respondió, volví a decirle exactamente lo mismo, solo que con un tono de voz más elevado.

Se detuvo.

—Francesca está muerta— me dijo con algo de melancolía—; y Susana ha decidido tomarse un pequeño descanso.

— ¿Entonces con quien hablo?

—Estefanía.

No pude evitar esbozar una sonrisa. Estefanía era su nombre real. Francesca me lo había confesado el día que nos despedimos.

Capítulo 5

Cerré la puerta como pude, y mientras la besaba, nos dirigimos hacia mi cuarto, desnudos. Todo lo hicimos en completo silencio, ya que las palabras resultaban innecesarias. Iniciamos en la cama, pero terminamos acurrucados en el suelo; ella encima mío. Luego de eyacular, la besé viciosamente. Cuando nuestros labios se separaron, ambos reímos de una manera bastante infantil. Largo rato nos quedamos en el suelo. No tuve ningún problema en aceptar sus abrazos.

Quedamos exhaustos, así que fui a buscar dos vasos con agua. Cuando regresé, ella estaba acostada en la cama. Todo su hermoso cuerpo se encontraba a mi merced. Le entregué su respectivo vaso. Se lo bebió en menos de diez segundos. Estaba muy sedienta, por lo que también le entregué el mío. Como suponía que no se conformaría fui a la nevera y saqué la jarra más fría que tenía, colocándola en una mesita de plástico muy cercana a la cama. Luego de ello, me acosté.

— ¿No te quieres hidratar?

— Más tarde.

— ¡Hombres! — exclamó malhumorada, llenando con agua uno de los vasos. — Siempre se muestran rudos, estoicos y taciturnos, pero en el fondo se mueren porque los consientan como si fueran bebés.

Medio vaso fue suficiente para que recuperase las

energías. Me preguntó si acostumbraba a ingerir esa cantidad después de cada polvo.

Asentí con la cabeza.

—Vas a morir— sentenció.

—Todos lo haremos— me levanté de la cama—.

Es lo único seguro que hay en la vida.

—Si no mueres por deshidratación, entonces lo harás por una enfermedad venérea.

Me puse de pie para encender el ventilador.

—Estás limpia

— ¿Y tú?

—Obvio que también.

Habíamos tenido sexo sin protección.

No dijo nada en un buen rato. Como todavía la deseaba, no con el frenesí de un rato atrás, pero deseo al fin y al cabo, coloqué mi mano sobre uno de sus senos. Después de apretarlo con fuerza, fui a por su cuello.

—No eres introvertido— agarró mi pene.

—Para algunas cosas, sí— ingresé dos dedos en su vagina.

—Pero en el sexo eres todo un pervertido— abrió su boca hasta más no poder.

—Y tú la Virgen María— le espeté, mientras preparaba un escupitajo—. Te encanta excitar a los hombres.

—Primero el dinero, querido.

La escupí.

—A mí me encantan las vergas y el dinero— reconoció, mientras su cara se sonrojaba más—. Por eso siempre seré prostituta.

Volví a escupirla.

— ¿Quieres eyacular? — me preguntó.

— Solo si lo hacemos al mismo tiempo.

— Estás esperando mucho de ti.

A continuación, empezó a masturbarme con una mayor intensidad, mostrándome, en el ínterin, su carnosa lengua. Cuando ya se me hizo tarea imposible aguantar las ganas, le informé que estaba próximo a eyacular. A ella no le faltaba tanto para venirse, pero si seguíamos manteniendo el ritmo, ambos expulsaríamos el orgasmo final a destiempo. Por suerte, Francesca era toda una experta: se contuvo por unos segundos, y cuando se encontraba a muy poco de derramar el fluido, jaló mi pene con un gran ímpetu.

Terminamos eyaculando de manera sincronizada.

Luego del orgasmo mutuo, su cuerpo cayó encima del mío. De inmediato una sensación reconfortante drenó en mi sangre. Olvidé por completo a Venezuela, mi patria, herida del corazón, así como también el matrimonio de mi madre, que tanto enfado me provocaba. Todo lo que sentía era paz, felicidad y amor.

Apenas cerré los ojos, escuché como unas pesadas gotas de agua caían sobre el techo.

— ¿Ya te vas? — pregunté, al ver como se ponía de pie.

— No estaría bien que me quede — se dirigió con mucha prisa hacia la sala, el lugar en que habíamos tirado nuestra ropa. La seguí—. Reconozco que la pasamos bien, pero yo soy una prostituta y tu... un cliente a quien aprecio mucho.

No podía dejar que se marchara. Al menos no tan fácilmente. Le dije que la amaba, de una manera patética, porque nunca se lo había dicho a nadie, a excepción de mi madre, aunque por razones diferentes. Estefanía, que en ese momento estaba colocándose el sostén, me divisó inmediatamente. Amagó con decir algo, pero cerró la boca antes de hacerlo.

Cuando terminó de vestirse, abrí la puerta. Volví a informarle sobre mi amor por ella, esta vez de una manera más segura.

— ¿Y por qué me amas?

— Porque sí — contesté —. El amor es un sentimiento, no una operación matemática.

Miró hacia la calle; la lluvia era intensa. Luego de respirar hondamente, tomó asiento en mi sofá. Cerré la puerta con una leve sonrisa.

— ¿Conoces la diferencia entre tener sexo y hacer el amor?

Le dije que lo primero era un simple contacto físico entre dos masas, que, aunque podían sentirse atraídas entre sí, difícilmente esa atracción podía llegar a algo más.

— ¿Y hacer el amor?

— Eso es diferente — aseguré, sentándome muy cerca de ella, completamente desnudo —. Más que un contacto entre cuerpos, allí se llena el alma. Todos lo disfrutamos, aunque especialmente las personas de nuestro tipo.

— Ah... conque pertenecemos a un grupo — se mofó.

—Tú y yo en el fondo somos dos solitarios. Nuestras almas se encuentran huérfanas de cariño; constantemente lo estamos buscando, pero solo lo obtenemos en pequeñas dosis.

Mi breve disertación la sorprendió.

—Te amo, Estefanía, Francesca y Susana— le dije sin sentir la menor vergüenza por ello—. Tal vez no de una manera tradicional, pero mi sentimiento es puro.

Acto seguido, los ojos de la mujer que tres años atrás me habían quitado la virginidad, me miraron de la manera más apasionada posible. Sin pensarlo mucho, la besé.

Capítulo 6

La panadería de mala muerte quebró. La inflación en el país, luego de estabilizarse por unos meses, se disparó nuevamente. El oficialismo responsabilizaba a los Estados Unidos por el *bloqueo económico*. Por su parte, el ala más radical de la oposición, que cada vez conseguía más adeptos, acusaba al “régimen castro—chavista de sumir a la nación en un estado fallido”. Existía un punto medio, es decir, una oposición cuyos dirigentes eran nuevos en la palestra. Recientemente habían creado partidos políticos y su retórica lograba atraer a la población que estaba harta de los padecimientos económicos, pero tampoco veía en el radicalismo opositor una vía de escape. Sin embargo, los últimos eran minoría con respecto a los anteriores grupos. Mientras tanto, Venezuela seguía desangrándose, siendo señalada, tanto por gobiernos de derechas como de izquierdas, de lo que no debería hacerse. Aquello era un golpe duro para los que amábamos a nuestra patria, y nos sentíamos orgullosos, aun con todas las adversidades, de ser venezolanos.

Retomé las clases en la universidad. Una vez graduado, sabía que me tocaría impartir clases. Si escogía un colegio privado y me dedicaba a otro trabajo, podía asegurarme los tres platos de comida diarios. En cambio, si me decidía por un colegio público, me moriría de hambre. La deci-

sión estaba tomada, porque más que escoger una opción por encima de otra, aquello era un asunto de simple supervivencia. Así de jodido se encontraba el país.

No obstante lo grisáceo del panorama, por suerte ya no me sentía solo. A mi lado tenía a Francesca— de repente revivió—. No pasaba un día sin que hiciéramos el amor, sea en mi casa o afuera. Ella tenía la capacidad de mover su cuerpo de una manera espectacular, y además hacía unas mamadas que me llenaban de placer. Por si eso no fuera suficiente, también era una mujer muy comprensiva. Si me encontraba estresado o enfadado, lo hacíamos brusco, pegados a una pared o en el suelo, con palabras soeces y escupitajos. Pero si había tenido la suerte de pasar un día agradable, nos besábamos mucho durante la penetración, además de decirnos cosas tiernas.

Aunque éramos novios, y nos amábamos demasiado, ella continuaba con su trabajo... lo cual no me enfadaba, porque comprendía que aquella era la única forma de mantener nuestra relación. Yo también tenía total libertad carnal. Nunca practicamos un trío, porque ella los odiaba. Gracias a nuestra relación, empecé a consumir menos pornografía.

Ella todos los días tomaba pastillas, porque desconfiaba mucho de los condones. En unos exámenes médicos vi que no tenía ninguna enfermedad venérea, así dejé de utilizar protección. Al principio eso la incomodó un poco, pero luego no le importó. Cuando me corría dentro

de ella, solía expresarle cuanto la amaba, y enseguida nos abrazábamos fuertemente. Me enseñó a como durar más en la cama. Sus técnicas me sirvieron de mucho, pudiendo reforzar mi fama como buen amante en la universidad. Sin embargo, me lo pensaba muy bien antes de introducir mi miembro dentro de una chica.

A sus oídos llegó la noticia de que estaban buscando personal en una pequeña tienda deportiva. Como no tenía trabajo y en varias oportunidades le había dicho que estaba dispuesto a conseguir uno, fui a presentarme con un cabello recién cortado y mi escuálido currículum. Después de una brevísima entrevista con el dueño del lugar, tuve la dicha de ser contratado. Aunque al principio me limité a las tareas de simple vendedor, con el pasar de las semanas fui designado como encargado de la tienda. Mis colegas eran iguales de jóvenes, aunque se me dificultaba congeniar con ellos, porque me parecían demasiado inmaduros. Aun así nos tratábamos con respeto.

Un jueves, cuando faltaban alrededor de treinta minutos para que cerrase la tienda, Francesca entró al local. No llevaba puesto un short corto, ni ninguna franela que le llegase al ombligo. Estaba vestida de una manera normal. Solo el maquillaje me hacía recordar su profesión. Preguntó por unos zapatos. La atendió uno de mis colegas, pero luego de ella agradecerle sus servicios, me señaló con la mirada. La atendí como si se tratase de una cliente común y corriente.

—Quiero unos zapatos deportivos, talla 40

Se me formó un nudo en la garganta.

—Aquí tienes varios modelos— le dije, mientras le mostraba las opciones disponibles con los respectivos precios de cada uno.

En el caso de los clientes preguntarnos por la originalidad de los calzados, estábamos en la obligación de decirles:

— “Sí, claro. Nosotros únicamente trabajamos con productos originales, estimado (a)” — una risa forzada—. “Eso es lo que nos diferencia con respecto al resto.”

— “¿Me asegura usted que saldrán buenos?” — solían preguntar los posibles compradores.

— “¡Por supuesto, estimado(a)!” — teníamos que mover la cabeza de manera afirmativa— “Lo que usted se va a llevar, es un producto de calidad”.

— “¿Y la garantía?”

— “Actualmente ninguna marca de zapatos trabaja con ella” — otra risa forzada.

En la etiqueta de cada calzado se aseguraba que éstos provenían de Vietnam o China. Por tal razón, tranquilamente podían ser originales, porque en dichos países hay varias fábricas debido a lo económica que es la mano de obra. Sin embargo, para nadie es un secreto que son muchas las empresas que en la clandestinidad se encargan de imitar todo tipo de modelos.

Pero esa información no debíamos recordársela al cliente.

—Está muy bonito, ¿no cree? — le entregué a

Francesca el par derecho de un zapato Nike, color negro, con una finita línea blanca en su borde interior.

— ¿Cuánto cuesta?

—Cincuenta dólares.

— ¿Los tienes talla 40?

Fui a buscarlos al almacén, solo. Cuando encontré el modelo, introduje mis pies dentro de ellos. Me quedaban pequeños. Los talla 41 también. Finalmente me conformé con los 42. Luego de explicarle la situación a Francesca, teniendo especial cuidado en que mis colegas no oyeran nada, ella asintió.

—Salgo en quince minutos— le informé, después de facturarle los zapatos.

—Te espero en tu casa.

Cuando Víctor, el dueño de la tienda, entró al lugar para informarnos que podíamos marcharnos, fui el primero en despedirme, dirigiéndome con mucha prisa hacia mi hogar. Apenas abrí la puerta, encontré a Francesca en el sofá. Sin que me lo pidiese, cerré la puerta.

—Está muy dura— dijo, mirándome fijamente a los ojos—. Más que en cualquiera de nuestros encuentros anteriores. No hace falta ninguna felación.

—Házmela igual.

—Estás algo tenso.

—No esperaba verte en la tienda— la agarré del cabello.

Quiso responderme, pero le pedí que continuara

llenándome de placer. No hubo necesidad de repetírselo.

—Quiero venirme— me dijo al rato.

Se levantó del sofá y comenzó a besarme. Mientras nuestras lenguas se tocaban, introduje mis dedos en su vagina. No tardó mucho en humedecerse.

—Oh...Marco.

Continúe masturbándola, a lo que ella afincó sus uñas en mi espalda. Poco tiempo después sus piernas comenzaron a tambalearse para seguidamente expulsar un orgasmo jodidamente espectacular. Mi viejo sofá quedó empapado... y también mis piernas. Besé sus senos, para luego subir hasta el cuello.

—Pégate al suelo— le ordené.

—Alguien quiere hacerlo sucio— me miró con malicia.

—La verdad, sí.

—Como gustes— me frotó un rato el miembro, a la par que nos besábamos.

Se tiró al suelo con gran delicadeza. Desde arriba podía ver su trasero a la perfección. Luego de caer cerca suyo, le di varias nalgadas.

—¿Vas a metérmela o no?

Se me olvidó echarle el lubricante, pero afortunadamente no hubo necesidad de recurrir a él; se deslizó suavemente. Me encantaba hacerlo en el suelo, pero únicamente con ella. Apenas realicé la primera sacudida, afincó sus uñas en mi entrepierna. Como respuesta le jalé hacia atrás el cabe-

llo. Inicié lento, aunque con cada sacudida iba aumentando la velocidad. El toqueteo de nuestros cuerpos provocaba un sonido que me encantaba. —Te amo..., Francesca.

—Y... yo a ti..., Marco.

No parecía importarle mi brusquedad, porque con cada penetración me pedía que le diera más fuerte. Cuando estaba por correrme, solté su cabello y apoyé mis manos en el suelo. Aproveché para susurrarle cuanto la amaba. Luego, sin poder evitarlo, eyaculé.

Cuando regresé a la normalidad, pasé la lengua por su espalda, cuyo sudor provocaba un color muy agradable en su piel morena.

— ¡Menudo polvo! — exclamó.

—Esto solo pasa si lo hacemos en el suelo— le expliqué, agarrándola del cabello suavemente—. Allí saco mi lado más salvaje— mordí su oreja derecha.

— ¿Te pasa con las demás chicas?

—Ni de cerca.

Soltó una ruidosa carcajada. Unos segundos después, me tumbé completamente en el suelo, boca arriba. Todo el cuerpo me dolía, especialmente las piernas. Sin embargo, sentía una gran paz interior.

Ella se montó encima, sin penetración de por medio. Aquel simple gesto hizo que me sintiera el hombre más afortunado del mundo. No pude evitar hacérselo saber.

—Definitivamente somos el uno para el otro—

me dijo, apoyando todo su desarreglado rostro en mi pecho—. Nunca pensé que me enamoraría de un imberbe.

—Y yo de una mujer que me llevase más de diez años.

Aunque estaba sediento, entre la relajación de mi alma y lo envilecido que se encontraba todo mi cuerpo, cerré los ojos, sonriente, porque sabía que echaría una siesta. Al rato escuché la voz de Francesca, pero me pareció lejana, como si proviniese del cuarto.

Cuando abrí los ojos, noté la soledad. Instintivamente estiré los brazos. Me topé con su braga. La olí. De pronto, escuché unas pisadas acercarse a la sala.

—Dormiste tres horas— me informó—. Tenía ganas de echar otro polvo, pero tú solo roncabas.

— ¿Todavía lo quieres? — lancé su braga hacia arriba, y dejé que cayera en mi rostro.

—No, ahora quiero ver una película— me quitó la prenda.

— ¿Hiciste cena?

—Tienes unas arepas con mortadela y queso en la cocina.

Le pedí que me las trajera. Generalmente no lo hacía, pero a veces me sorprendía. Esa vez fue una de ellas. Cuando regresó a la sala, me encontró sentado en el sofá.

—Muchas gracias, amor.

Antes de darle el primer bocado, le pregunté cual película deseaba ver. No se le ocurría ninguna en

particular. Le pedí que me esperase. Ambos nos encontrábamos desnudos. Siempre nos la pasábamos así cuando estábamos en mi casa, o en la de ella, que no quedaba tan lejos, solo unas diez cuadras.

—Estás muy flaco— dijo, acariciando mi brazo derecho.

—Es normal, todos los días me vacías.

—Pero tú lo disfrutas.

—Y mucho.

Cuando acabé la cena, levanté mi trasero del sofá y lo trasladé a la cocina. Francesca había lavado su plato, lo cual era un verdadero milagro. La felicité por ello, aunque en realidad solo lo hacía para fastidiarla.

— ¡Vete a la mierda! — gritó desde la sala.

—Tal vez en otra oportunidad.

Cuando terminé de fregar el plato, lo sequé con un viejo pañuelo, totalmente descolorido. Regresé a la sala. Mis piernas flaqueaban un poco.

—Eres insaciable— musité, al ver como se tocaba su seno derecho.

La besé. Su boca estaba algo fría. Luego, en completo silencio, juntamos nuestras manos y nos encaminamos hacia mi cuarto. Como siempre, lucía desordenado. La cama, además, estaba sucia.

—No voy acostarme en esta pocilga— afirmó.

—Es curioso que lo digas, porque ayer no te importó en lo más mínimo.

Se ruborizó.

—Solo lo haré porque estás de cumpleaños— apoyó sus manos en la cama y acercó mi trasero hacia mí.

—Lo siento, pero estoy seco.

—Lo sospeché; tu corrida fue extrema.

Encendí la tv con buen humor. Quería saber cómo le había ido a mi equipo preferido de fútbol. Francesca odiaba los deportes, sin excepción. Le expliqué que solo serían unos minutos.

— ¡Mierda! — exclamé

— ¿Perdieron? — preguntó.

—Si, 3 a 0.

De acuerdo a lo visto en el resumen del partido, mi equipo no había jugado mal, pero sus jugadores estrellas parecieron competir entre sí, no por marcar goles, sino por ver quién los fallaba más. Maldije por cada oportunidad desperdiciada. No las conté, pero fueron varias.

Luego del aciago momento, busqué un canal para adultos. Allí, un negro, como de dos metros de altura y bastante musculoso, penetraba sin ningún tipo de contemplaciones a una mujer blanca, vestida de enfermera, que se lo pasaba de lo más bomba.

Divisé a Francesca con una maliciosa sonrisa.

—No quiero ver porno— se cruzó de brazos.

—Lo sé, solo quería fastidiarte.

Mientras la *enfermera* disfrutaba con el semental, busqué en la parrilla de programación películas que estaban por iniciar. Me interesó una comedia. Francesca la aprobó.

Encendí el aire acondicionado, que funcionaba a medias, porque tenía mucho tiempo sin hacersele mantenimiento, y a continuación me arrojé con las sucias sábanas. Francesca me emuló luego de

unos segundos. Como no podía ser de otra manera, nos abrazamos fuertemente.

—Se te va a poner dura— me advirtió, cuando la película estaba por la mitad.

— ¡Qué val, eso es imposible.

Ese día era mi cumpleaños. No lo sabía prácticamente nadie, porque desde pequeño me pareció una idiotez que te felicitaran por un cumpleaños. Con cada año te volvías más viejo, y por ende te acercabas más a la muerte, que jamás podía ser burlada. Mi madre había querido visitarme más temprano, pero le dije que no me encontraría en la casa, porque saldría con unos amigos.

—De nada— dijo de repente Francesca.

Recordé los zapatos que me había comprado. Aunque bastante tarde, le agradecí su buen gesto. Como estaba un poco enfadada, la besé.

—También te agradezco el no haber trabajado hoy.

Eso último me sorprendió mucho. Ciertamente ya me lo veía anticipando semanas atrás, pero pensaba que solo lo hacía para provocarme falsas ilusiones. Me equivoqué. Era una mujer de palabra.

—Se te va a poner dura— me advirtió por segunda vez.

Y no se equivocó. Media hora después tenía una erección. Era muy difícil resistirse a Francesca. Muchas personas pueden sentir incomodes porque su pareja sea adicta al sexo, pero ese no era mi caso. Además de excitarme, me servía como refugio. Con cada embestida, cada orgasmo, cada

corrida, me sentía otra persona; una que estaba en la misma sintonía con la felicidad, aun cuando en el fondo sabía que nuestros caminos se separarían tarde o temprano. Tristemente era algo que no podía evitar. Nací para fracasar, y como todas las personas de ese selecto grupo, el fracaso se encuentra ligado a la infelicidad. Aun así, por momentos pude conocer lo linda que puede ser la existencia humana, y eso siempre se lo agradeceré a Francesca, el amor de mi vida.

Parte II

Capítulo 1

Me bajé del autobús en la parada correspondiente. Miré el reloj; eran exactamente la una de la tarde. Fui a la panadería a comprar un pan relleno con chocolate. Cinco minutos después, no quedaba nada de él.

Al divisar el carro de Francesca, inmediatamente recordé las veces que habíamos hecho el amor dentro. Luego de entrar a mi hogar, me desnudé completamente. No la encontré en la sala, ni tampoco en la cocina. Pese a tener bastante hambre, antes necesitaba divisar su hermoso cuerpo, por lo que me dirigí con mucha prisa hacia mi cuarto. Estaba dormida. Sin perder tiempo, le besé su cuello. Mientras lo hacía, aproveché la oportunidad para olerla. No sé qué tenía diferente con otras chicas, pero su olor me encantaba.

—Buenas tardes, dormilona— le dije, apenas noté que se movía.

—El almuerzo está listo.

—Sí, lo sé.

Nos dimos un beso larguísimo. Mientras nuestros labios hacían contacto, aproveché la oportunidad para quitarle la sábana que cubría su hermoso cuerpo. Al igual que yo, estaba desnuda.

—¿Qué tal la universidad? — me preguntó.

—Bastante aburrida.

—¿Te follaste a alguna chica?

—No, todo el día estuve pensando en tí.

Reímos.

—Quiero ver algo en la TV.

—Y yo abrazarte como si no hubiera un mañana.

Dimos luz verde a nuestros deseos. Le pregunté si había almorzado, me contestó que no, porque había deseado esperarme para comer juntos.

—Exclusividades como esas me la ponen dura.

—Lo sé.

Comimos en la cama. Fue un buen almuerzo. Aunque acostumbraba a fregar los platos inmediatamente después de usarlos, los coloqué en el suelo, para así poder besar apasionadamente a la mujer que tantas alegrías le producía a mi corazón.

—¿Hay tiempo para un polvo? — me preguntó.

—Siempre hay— empecé a jugar con sus senos.

—Lo digo en serio.

Si había tiempo. No obstante, lo único que deseaba en aquel momento era besarle cada tramo de su cuerpo

—Cada vez eres más curioso— fue todo lo que me dijo.

Cuando estaba por su ombligo, ambos nos miramos fijamente. Acto seguido, ella se levantó de la cama con gran rapidez. De inmediato le pedí que regresase. Nuestra relación no me avergonzaba en lo más mínimo.

Por cuestiones de pudor, nos cubrimos con las sábanas.

— ¡Marco! — exclamó mi madre.

No contesté. Aun así, unos segundos después ella estaba en mi cuarto, divisándome con enfado, y a Francesca con asco.

—Es mi novia

—Sí, yo sé muy bien quién es esa puta.

Olvidando que me encontraba desnudo, me levanté de la cama, sin nada que me tapase. No pensaba golpear a mi propia madre, ni tampoco gritarle, pero sí evidenciar mi disgusto por su comentario. Desgraciadamente ella no lo comprendió de esa manera.

— ¡Adelante, golpéame!

Me crucé de brazos.

—Tenemos cuatro meses.

— ¡Hasta hoy!

Cuando la conversación entre ambos se tornó bastante álgida, Francesca nos informó que se marcharía.

—Te quedas aquí— le ordené.

—No quiero ocasionar problemas.

Al divisarla, comprendí que su decisión era irrevocable. Ningún argumento podría convencerla de hacerla cambiar de opinión, al menos no en ese momento.

Le dije a mi madre que nos diera tiempo para vestirnos. Apenas se marchó del cuarto, cerré la puerta con mucha rabia.

—No quiero que te vayas.

—Lo sé, amor— Francesa se colocó el pantalón—. Pero tu madre no opina igual.

—La odio.

No dijo nada, solo se limitó a abrazarme. Después de besarnos, saqué del armario el primer short y franela que encontré. Al colocármelas, sentí que cargaba cien kilos en la espalda.

Salimos del cuarto. En la sala se encontraba mi madre. La divisé. Mi mirada debió ser escalofriante, porque sus ojos apuntaron al suelo casi de inmediato. La puerta se encontraba abierta. Cuando Francesca ya estaba fuera, volvimos a abrazarnos fuertemente. No quería soltarla.

—Es lo mejor para ambos— afirmó, antes de besarme.

—Te amo demasiado

Tocó mi cabeza, y luego de mirarme tiernamente, se despidió. Con cada pisaba que daba, sentía como una parte de mí fenecía. Después de caminar en línea recta por tres cuadras, cruzó hacia la derecha.

Estaba seguro de que la había perdido. Cerré la puerta con el corazón partido en mil pedazos. Me senté en el sofá, al otro extremo que mi madre.

—Todo esto lo hago por tu propio bien.

— ¡Mentira! — exclamé, alejándome—. Lo haces porque crees que está bien.

—Esa mujer es una prostituta— me reprochó.

—Y aun así es mucho mejor que tú.

Me abofeteó. Luego de sonreír, le pedí que volviera hacerlo. Me complació, empleando mayor fuerza.

— ¡Dame más! — grité totalmente fuera de sí—. ¡Mátame, si eso te hace sentir mejor!

Logró que tocase el suelo. Aunque amenazó con patearme, finalmente se contuvo. Mi decepción fue total.

—Ni te atrevas a expulsar una maldita lágrima— le espeté, al ver como sus ojos empezaban a humedecerse.

Volvió a repetir que estaba enamorado de una prostituta. No le contesté, porque sabía que nada la haría cambiar de opinión. En efecto, estaba enamorada de una mujer que vendía su cuerpo para ganarse la vida. Pero en comparación a todo lo que sentía por ella, aquello me parecía una verdadera nimiedad.

—Por favor, entra en razón— me suplicó, de rodillas en el suelo—. Ella no es buena para ti, cariño.

— ¡Esa chica es lo mejor que me pudo haber pasado! — le contesté, agarrando del suelo la ropa que había tirado apenas entré a mi hogar—. Gracias a ella he conocido la felicidad.

—Eso es imposible.

—Para ti.

Me urgía desahogarme. Debía estropear algo. La idea de golpear a mi madre se me pasó brevemente por la cabeza, pero al hacerlo, sabía que no habría vuelta atrás. Para calmar los impulsos, tiré la ropa hacia cualquier lado, a la par que gritaba desaforadamente. Ella intentó tranquilizarme, pero ágilmente logré esquivarla. Como todavía no me sentía lo suficientemente desahogado, me dirigí a la cocina, y luego de encontrar un vaso, lo

tiré al suelo. No se rompió. Era de plástico.

Maldije

—Necesitas calmarte.

—Y tú ser una buena madre.

La rabia consumía todo mi cuerpo, y solo un buen polvo podía regresarme a la normalidad. Sin embargo, Francesca se acababa de marchar, y posiblemente jamás regresaría.

— ¡La amo como a nadie! — grité alocadamente —. Hacemos el amor todos los días, en cualquier lado, y además me entiende como tu jamás podrás hacerlo. Crees que ella es el diablo, pero en realidad ha sido mi salvación.

— ¡Marco, relájate!

Cuando iba a maldecir por segunda vez, el corazón dejó de latirme, cayendo al suelo en el acto. Convencido que estaba por morir, se me vino a la mente el hermoso cuerpo de Francesca.

Pude pronunciar su nombre en varias oportunidades. De pronto, sin poder evitarlo, mis ojos se cerraron.

Capítulo 2

La vida es la madre de las caprichosas. Siempre lo sospeché, pero cuando recobré el sentido de la realidad en un hospital, acostado en una camilla, con mi madre gritando como una loca, no me quedó ninguna duda de ello. Estaba vivo y coleando.

— ¿Cómo te sientes?

— Con ganas de no estar acá— le informé, mientras mis ojos visualizaban a dos enfermeras que se acercaban.

— ¿Cuándo me podré ir? — les pregunté, luego de responder a todas sus inquietudes.

— Todavía debes esperar un poco más— me dijo una de ellas—. Queremos que salgas en óptimas condiciones.

Debí esperar tres noches. Durante todo ese tiempo pensé mucho en Francesca, especialmente cuando leí sus mensajes después de marcharse de mi hogar. Sus palabras me reconfortaron muchísimo. Pensé en comunicarle, una vez más, cuanto la amaba, y lo mucho que deseaba hablarle, abrazarla, besarla, olerla y cogérmela, pero cambié de opinión cuando solo me faltaba pulsar el botón de enviar. Desde ese día ella no había vuelto a intentar comunicarse conmigo.

— Ya puede irse— dijo una de las enfermeras, mientras me entregaba una hoja—. Solo tiene que firmar ese documento.

Leí todo el contenido. Siempre acostumbraba hacerlo cuando firmaba algo.

— ¿A qué lugar deseas ir? — preguntó mi madre, cuando nos dirigíamos hacia su auto.

—A casa.

— ¿No te gustaría visitar el Sambil?

La oferta era muy tentadora. Tenía mucho tiempo sin visitar ese centro comercial. De niño solía frecuentarlo.

—A casa— repetí

Tardamos unos veinte minutos en llegar. Aunque deseaba estar solo, rápidamente entendí que mi deseo no sería cumplido. Al entrar, lo primero que hice fue dirigirme a la cocina. Tenía mucha sed.

—Estuvo muy cerca.

Ante la indiferencia a su comentario, me increpó que debía estar preocupado

Miré el reloj.

—Lo siento, pero debo ir al trabajo— la pasé de largo, para a continuación dirigirme con mucha prisa hacia mi cuarto.

— ¿Es broma?

—No.

Mientras secaba mi cuerpo con la toalla, divisé mi reflejo en el espejo. Se sentía bien haber burlado a la muerte, no todas las personas podían jactarse de ello.

— ¿De verdad vas a trabajar? — me preguntó, apenas abrí la puerta de mi habitación.

—Debo informarle a mi patrón sobre las inasistencias— le expliqué—. Si me despide, no tendré dinero para comer.

—Pero semanalmente yo transfiero dinero a tu cuenta.

La miré con lástima

—Iré solo.

—Necesitas madurar.

—Tal vez.

Sin decirle nada más, di media vuelta

— ¡La constancia médica!

Maldije en mi interior. Consideraba que la manera cómo me había marchado gozaba de mucho estilo, pero al devolverme, automáticamente todo se echaría a perder. Sin embargo, no tenía opción. Tuve que dejar a un lado el orgullo.

Entré al centro comercial. Pasé de largo la tienda deportiva en la que trabajaba, que estaba cerrada, naturalmente. Después de comerme un helado, agarré mi Smartphone.

— ¡Marco! —gritó Francesca desde el otro lado, apenas atendió la llamada—. ¿Qué carajos pasó contigo?... Me tenías preocupada.

—Necesito verte

— ¿Ahora?

—Sí, pero no puede ser en mi casa.

Acordamos en que sería en la suya, pero en media hora. Aunque no me lo dijo, supuse que se encontraba con un cliente. Ocasionalmente se los follaba en su propia casa. Le pagaban bien.

Exactamente treinta minutos después toqué la puerta de su hogar. Tardó bastante en abrirla. Quise recriminárselo, pero apenas la divisé, recordé que teníamos cuatro días sin hacer el amor,

y tres desde la última vez que nos abrazamos. Demasiado tiempo para mí.

—Te extrañé mucho.

—Yo también, amor

Nos dimos un beso larguísimo. Aunque seguía bastante molesto por su indiferencia ante mi desaparición, el deseo era superior. La pegué contra la pared.

—Acabo de cogerme a un cliente.

—Y todavía no te has bañado— deduje por el tono en que me lo había informado.

—No calculé bien el tiempo— se lamentó.

Me dijo que la esperara en su cama. Le pedí que cambiase las sábanas. Lo hizo bastante rápido. Dejó la puerta del baño abierta. No pude aguantar las ganas, así que la acompañé. Después de besuquearle el cuello, la monté. Cuando estaba por eyacular, le pedí que me diese la espalda.

—Sí, oíste bien

Le di unas cuantas sacudidas violentas, y mientras jalaba su hermoso cabello hacia mí, eyaculé.

Ella misma se encargó de limpiarme. Mientras lo hacía, besé su frente.

—Ya está— dijo cariñosamente.

Salimos de la bañera agarrados de manos. Después de secarse con una toalla, buscó otra en su armario. Era color rosada.

—Vas a ser la primera persona que la utiliza.

Cuando ya me sentía lo suficientemente seco, dejé remojando la mencionada toalla en el baño, para caer de inmediato en su cama.

—Tú no me amas

— ¿Por qué dices eso? — pasó una de sus manos por mi cabello.

—Me escribiste un solo mensaje en tres días.

—Y tú ni siquiera me enviaste una señal de humo— objetó.

Su argumento me pareció válido.

—Sufrí un infarto.

—Y yo tengo VIH— bromeó.

—Lo digo en serio

Me miró fijamente a los ojos, a la par que apoyaba una de sus manos en mi pecho. Aquel era su método predilecto para saber si los hombres le mentían en la cama. Al darse cuenta que le había dicho la verdad, se montó encima, sin penetración de por medio. Jamás la había visto tan triste.

— ¡Mierda, Marco! — apoyó su cabeza en mi pecho.

—Estoy vivo, eso es lo importante.

Me besó.

—Te amo mucho.

—Lo sé.

Miré el reloj. Dentro de diez minutos iniciaría mi turno. Busqué el pantalón que un rato atrás había tirado al suelo.

— ¿Ya te vas?

Le mostré la constancia médica. La leyó ávidamente.

— ¿Dentro de cuánto tiempo te marcharás a la plaza? — pregunté

No tenía reloj, así que divisó el mío. Teníamos tres horas. Tres horas en que podíamos comer,

coger, jugar a las cartas, ver la tv, o cualquier otra ociosidad. Tiempo en que sería feliz, porque solo con ella podía serlo. Afuera, es decir, en el mundo, todo me amargaba. Estaba en total desacuerdo con la manera como el Ejecutivo dirigía el país, pero tampoco me sentía identificado con los principales dirigentes políticos opositores. Me parecían más de lo mismo. En cuanto a mis ambiciones personales, una semana atrás había terminado de escribir mi novela, pero era consciente de lo difícilísimo que sería verla publicada. La censura era una política de estado. Quienes publicaban en las editoriales estatales, únicas que anualmente podían darse el lujo de editar varios libros, debían rendirle una pleitesía al Ejecutivo, no solamente en sus libros, sino que también públicamente. Obviamente eso no estaba escrito en ningún lado, pero todos lo sabían.

Pero solo me encontraba desencantado de la política y de la literatura, también lo era de la sociedad misma. Deseaba cambiar el mundo, pero sabía que invertir mi tiempo en ello era una causa perdida. De nacer unas décadas más atrás, estoy seguro que me hubiera afiliado a un partido comunista. En la década de los sesenta del siglo pasado tanto el PCV como el difunto MIR apostaron por la lucha armada. Muchos de sus miembros murieron, otros desertaron, e incluso hubo quienes decidieron traicionar a sus propios compañeros de causa para lograr algún escaño burocrático. Para los fracasados e infelices como yo, siempre se hace nece-

sario tener una causa, el ideal. No importa si este sea bueno o no, solo basta con poseerlo.

Maldije en mi interior por sentirme tan desafortunado. Lo normal hubiera sido hacerlo en voz alta, pero no quería que Francesca sintiera más lástima por mí. Era la única persona en todo el mundo que me comprendía.

Llamé a mi patrón y le informé sobre lo que me había sucedido. Le pregunté si podía entregarle la constancia al día siguiente, escudándome en que recién acababa de salir del hospital. No tuvo ningún problema.

—Sonaste convincente— admitió Francesca.

—Eso buscaba.

Logré disuadirla para que viéramos una película pornográfica juntos.

— ¿Nunca has grabado un vídeo sexual?

—Sí, con mi esposo.

Me había contado muy poco acerca de él. Era un hombre de negocios. La había dejado por una mujer mucho más joven.

— ¿Harías uno conmigo?

—No.

Cuando nos aburrió el porno, buscamos una película de comedia, su género preferido. La vimos durante dos horas. En todo ese tiempo no se me puso dura. Un verdadero hito. No sabía si llorar de felicidad o de tristeza.

—Tienes una defunción eréctil— se mofó.

—Coger jamás me ha parecido algo importante— aseguré, aun cuando ni yo mismo me creía

esas palabras—. Lo importante es compartir tiempo con la persona que amas.

—Te urge leer poesía, amor.

Hasta ahora no lo había mencionado, pero Francesca era poeta. Tenía escrito más de cien poemas. La mayoría eran relacionados con su profesión. Algunos me parecían buenos, pero quizás esos eran los peores de su repertorio. A fin de cuentas, siempre fui un gran ignorante del tema.

— ¿Cuándo vas a contármelo? — apagó la tv.

—No entiendo.

—Tu infarto— me recordó—. Sé que lo sufriste, pero quiero que profundices.

Le dije todo lo que recordaba. Creo que la hice odiar a mi madre. Realmente aquella no fue mi intención, pero a veces las cosas pasan porque así estaban destinadas. Después de acariciarnos mutuamente, fue a la cocina y regresó con dos paquetes de galletas de chocolate.

Apenas terminó de cepillarse los dientes, volví a desearla. Luego de lamerle todo el cuerpo, jugué un rato con su clítoris. Me preguntó la hora. Solo teníamos un puñado de minutos

—Me gusta ser puntual.

Sin perder tiempo, la penetré. No duré mucho, porque siempre fui malo en hacer el amor a contrarreloj. A modo de venganza, cuando me encontraba a punto de eyacular, quité mi sexo del suyo, y, sin advertírselo, lo coloqué sobre su rostro. Un par de frotadas fueron suficientes.

— ¡Hijo de puta! — gritó, golpeándome la barri-

ga, lo cual provocó que cayera al suelo sin oxígeno — ¡Sabes que no me gusta en la cara!

Cuando regresó del baño, me insultó de una manera bastante cruel. Esperé a que se “cubriera” las piernas con el short más diminuto que tenía para acercármele y abrazarla fuertemente.

— ¡Debería matarte ahora mismo!

Luego de recordarle lo mucho que la amaba, nos besamos. Nuestra discusión era cuestión del pasado.

— ¿Cómo estoy? — preguntó después de “vestirse”

—Ardiente— toqué su trasero—. Eres la mujer más ardiente del mundo.

—Deberías sentirte orgulloso.

—Quiero casarme contigo— dije.

—Ya hemos hablado sobre eso, amor— pasó la mano por mi pecho desnudo—. Todavía debes crecer más.

—Pero yo te amo muchísimo. Y tú también...o eso creo.

— ¡Por supuesto que lo hago!

No hablamos más sobre el tema. Luego de darnos dos larguísimos besos, salimos del cuarto. Caminamos tres cuadras agarrados de las manos. No fueron pocas las miradas que provocamos durante el trayecto, aunque las mayorías se enfocaron en ella, naturalmente.

—No te mueras— me dijo.

—Tú tampoco

Mientras se alejaba de mí, sentía como la infelicidad me atacaba lentamente. Por suerte, confiaba

en que la volvería a ver.

Aquello era motivo suficiente para desear seguir viviendo.

Capítulo 3

Era un jueves y me encontraba en la universidad. Estaba ansioso por ver a Francesca, aunque sabía que faltaban dos horas para ello. Se me antojó visitar la biblioteca. Le pregunté al encargado si en el inventario había alguna novela de Dostoievski. De las tres que encontró, ya me había leído dos. Tenía tiempo de sobra para disfrutar de la lectura. Con algo de prisa me dirigí hacia la plaza de la facultad. El lugar me parecía perfecto. Además de únicamente escucharse a los pájaros, estaba cubierto por un fértil árbol. Después de colocar una alarma en mi Smartphone, comencé la lectura de “El Jugador”

Cuando me encontraba por la página veinte, escuché unas pisadas. Cerré el libro de inmediato. —Una de sus mejores historias— susurró el ignoto—. Elegiste muy bien.

Lo miré sorprendido. Aunque deseaba responderle, inexplicablemente no sabía cómo hacerlo. Creo que lo notó, porque volvió a su lectura, un tanto ruborizado. Era la primera vez que intercambiábamos palabras.

— ¿Te gusta Dostoievski? — pregunté.

Cerró su libro, que era bastante grueso.

—Es uno de mis autores favoritos.

Nos presentamos. No habíamos compartido ninguna asignatura en la universidad, ni parecía que eso sucedería. Samanta, una de mis amigas, había

intentado seducirlo de todas las maneras posibles, sin obtener los resultados deseados. Aquello no dejaba de sorprenderme, porque ella era una morenaza de respetable trasero. Después de un tiempo, tiró la toalla.

Tienes buena pluma— reconocí— Cuando te leí, inmediatamente se me vino a la mente Bukowski.

—Es normal, lo nombro todo el tiempo.

La miserable existencia de un imberbe.

Ese era el título que Julio le había puesto a su novela. El personaje principal es un adolescente muy inteligente, pero con una increíble manía para aislarse de la sociedad. Aunado a ello, padece del Trastorno Obsesivo Compulsivo, lo cual no facilita muchas las cosas.

Si encuentran la novela, les recomiendo que la compren.

—¿Cómo diablos la publicaste?

—Un conocido trabajaba en la editorial— sacó un cigarrillo de su pantalón—. Y mi hermano mayor lo había sacado de varios aprietos económicos.

—Supongo que fue despedido.

—Supones bien— encendió el cigarrillo.

Pese a no tener como tema central la política, su novela, al igual que la mía, no era ajena a los padecimientos de la sociedad venezolana. Criticaba tanto al chavismo como oposición por igual, pero eso era motivo suficiente para ser censurada. El estado deseaba a toda costa escritores complacientes. Debías defenderlo a ultranza en

sus obras, de no ser así, eras un fascista que deseabas entregarle el país al gobierno de los Estados Unidos de América.

—No creo que la editorial se encuentre interesada en reeditarla.

—Se vendió como pan caliente, pero por eso mismo no se atreverán a correr el riesgo.

Recuerdo haber comprado su novela en la última feria del libro a la que pude asistir. No contaba con mucho dinero, porque en ese entonces no trabajaba. Compré únicamente dos libros. El primero, *La caída del liberalismo amarillo*, de Ramón J. Velázquez. El otro libro, naturalmente, fue la novela del hombre que mis ojos divisaban. Estaba en el stand principal, pero tuve que hurgar bastante para conseguirla. Cuando la llevé a caja, el encargado no pudo evitar mostrar su molestia por mi escogencia.

—¿Lo has leído? — Julio me entregó el libro que había cerrado un rato atrás.

—Sí, es una de mis obras favoritas.

—Cuando pienso que Venezuela está jodido, suelo leerla— confesó, sonriendo levemente—. Ella logra darme esperanza.

Mis manos tenían un ejemplar de *Los Miserables*, la gran obra de Víctor Hugo.

Me sorprendió lo actualizada de la edición. Le pregunté acerca de su origen.

—Mi hermano me la envió desde Ecuador.

—¿El mayor?

—Sí, es el único que tengo.

Su cigarrillo se consumió rápido. Después de tirarlo al suelo, no dudó en aplastarlo con su pierna derecha. Por la naturalidad de sus movimientos, supuse que era un empedernido fumador. No era algo que me sorprendiese, porque si escribes inspirándote en Bukowski, algo debes tener de él. Julio era moreno, utilizaba lentes, tenía los labios gruesos, poseía una barba muy descuidada, y siempre llevaba el cabello largo. No frecuentaba cambiar de ropa. Como personaje literario esa actitud podía resultar fascinante, pero no cuando estás en el mundo real.

—¿En qué semestre te encuentras? — me preguntó.

—En el mismo que Samanta.

—Deberías acostarte con ella.

—No es mi tipo.

—Tampoco el mío.

Mentí. En realidad sí había intentado seducirla, pero mis encantos no obtuvieron el éxito esperado. Cuando me convencí de que jamás lograría mi objetivo, nos hicimos amigos.

—Ella está loca por ti— reconocí, confiando en que mi comentario no saldría de la plaza en que nos encontrábamos—. Quedó muy decepcionada por tu falta de empatía.

No me respondió.

—¿Tienes alguna asignatura? — le pregunté luego de apagar la alarma de mi teléfono. Era hora de marcharme.

—Mi profesora de Sociología no llegará, así que no; estoy libre. Puedo irme cuando me plazca.

—Te envidio

Antes de irme, intercambiamos nuestros números telefónicos.

Después de tomar asiento en mi pupitre preferido, Samanta se me recostó.

—Me has ignorado todo el día— se quejó.

—He estado ocupado.

—Cuando salgamos de esta horrible clase, quiero ir a tu casa— me susurró al oído.

Nos besamos. Era la primera vez que lo hacíamos. Al llegar el profesor, ella tomó asiento en su respectivo pupitre, que estaba justo detrás del mío. Maximiliano me divisó con mirada cómplice “Tu novia no es tan diferente”, pensé en decirle

A medida que transcurrió el tiempo, mi relación con Julio fue solidificándose lo suficiente como para considerarlo un amigo

Por esos días se encontraba escribiendo otra novela. Pese a no darme muchos detalles, me dijo que sería bastante corta en comparación a su anterior obra. Cuando sintió que había llegado a la mitad, me la envió al correo electrónico. Únicamente eran cuarenta páginas. Al día siguiente, muy temprano, toqué la puerta de su casa.

Me había encantado. Si seguía manteniendo la calidad, no me cabía ninguna duda que podría tener mucho éxito. Sin embargo, ambos éramos conscientes de su imposibilidad para ser publicada en suelo patrio.

—¿Quieres un cigarro?

—No fumo.

Julio era un verdadero adicto. Siempre que conversábamos, sea en la universidad, o en alguna de nuestras casas, encendía un cigarrillo. Sus pulmones debían sufrir muchísimo. Y lo seguirían haciendo por varios años más, porque, salvo una tragedia, le quedaba mucha vida todavía. Solo era un año mayor que yo.

— ¿Qué tal vas con tu chica? — me preguntó.

—Estamos bien — afirmé, recordando el increíble polvo que había tenido con Francesca la noche anterior.

— ¿Llevan tiempo?... No me has hablado mucho acerca de ella.

Después de informarle que teníamos alrededor de seis meses, me preguntó si trabajábamos juntos. Con toda la naturalidad del mundo le confesé que era prostituta.

Se lo tomó bastante bien. Continuamos hablando un rato sobre ella.

—Ayer tuve una noche loca— me informó de repente.

— ¿Está aquí?

—Sí, en mi cuarto.

De pronto, una puerta se abrió. Luego de un súbito silencio, unas pisadas se acercaron a la sala, lugar en que nos encontrábamos. Supuse que el momento sería algo incómodo, así que me preparé hasta para la opción más impensada.

— ¡Marco!

—Hola, Samanta— dije genuinamente sorprendido.

Me había acostado con ella un par de meses atrás. Después del primer polvo, me reproché a mí mismo el haberlo hecho. Éramos buenos amigos, y aunque desde hacía tiempo le tenía el ojo puesto, sabía que jamás la amaría. Sin embargo, lejos de amilanarse, nuestra relación mejoró desde entonces.

— ¿Quieren desayunar? — nos preguntó Julio.

Preparamos varios sándwiches. Samanta llevaba puesta una franela negra. No me pareció apropiado preguntar, pero estaba bastante seguro que le había visto esa prenda a mi amigo en una ocasión. Mientras desayunábamos, hablamos sobre la universidad.

Cuando sentí que estorbaba, les informé que debía trabajar. Ambos sabían que todavía faltaban tres horas para mi turno, aunque no hicieron la menor insinuación acerca de ello.

Samanta se despidió efusivamente. Acto seguido, me dirigí con Julio hacia la puerta. Aunque odiaba ser aguafiestas, me pareció necesario aclararle el asunto.

— Son cosas que pasan — dijo.

— Nunca cambies, hermano — besé su frente.

Era la primera vez que empleaba ese calificativo con alguien. Aunque no teníamos mucho tiempo conviviendo, había algo en él que me hacía sentir cómodo. Tal vez el hecho de que ambos éramos escritores influía en ello.

Para mi gran sorpresa, el auto de Alejandra se encontraba justo al frente de mi hogar.

— ¿Dónde estabas? — me preguntó, apenas cerré la puerta.

—En casa de un amigo.

Francesca no estaba.

—Hablé con tu novia. Ella no quería, aunque logré hacerla cambiar de opinión.

—Si llego a enterarme que la ofendiste...

—¿Qué vas hacerme? — me retó con la mirada. Estaba dispuesta a pegarme. Solo bastaba que yo hiciera un movimiento brusco.

—Tranquilízate, Alejandra.

Referirme con ella por su nombre la hirió mucho; de inmediato me pidió que le pidiera disculpas por lo que consideraba una ofensa, como me le negué, salió de la casa sin ni siquiera despedirse. La seguí, no porque me lamentase de mis palabras, sino porque temía que hiciera una locura. Entró al auto. Cuando encendió el motor, bajó la ventanilla de su puerta. Nos miramos fijamente sin decirnos nada. Luego, me di la vuelta.

Con Francesca me bastaba y sobraba. Era la única persona en todo el mundo que me comprendía. Con Alejandra, en cambio, debía actuar como alguien que ya no era. Eso me parecía una tremenda injusticia. Tal vez estaba comportándome como un chiquillo ingrato, pero lo hacía por una buena causa, o al menos eso pensaba.

Después de reflexionar un rato sobre lo que había sucedido, llamé a Francesca. La interrogué sobre el encuentro con mi madre. Me aseguró que éste había sido bastante ameno, pero que ella seguía negándose a nuestro amor. Dejamos de hablar cuando el timbre de su hogar sonó. Era momen-

to de atender a un cliente.

Miré la tv por un rato. No había partidos de fútbol y ninguna película o serie me llamaban lo suficientemente la atención.

Capítulo 4

Es increíble lo rápido que puede joderse tu vida. La mía ya lo estaba desde mucho tiempo atrás, pero al menos deseaba seguir viviéndola. Y mientras estuviera con Francesca, no creía que eso cambiaría, ya que nos comprendíamos mutuamente.

Recuerdo haberme despertado temprano y verla dormida. Amanecí con una gran erección, de esas que duelen. Ambos estábamos desnudos, así que la penetré. Mi segunda sacudida la despertó.

—Tranquila, nena. Soy yo.

Me sentí tentado a penetrarla de una manera más brusca, pero a la vez me contenía el temor a sobrepasarme.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Solo que me desperté teniéndola dura.

—Entonces cógeme fuerte.

Es llamativo lo frágil que es la masculinidad. Si una mujer no se muestra satisfecha en la cama, empiezas a dudar de tu talento, e incluso de lo útil que puedes ser para la vida misma.

—No quiero herirte— musité.

—Si no me coges fuerte, entonces me levantaré de la cama ahora mismo.

—No lo hagas— le supliqué.

—¡Entonces cógeme como es!

Francesca me pedía que lo hiciéramos fuerte, y sabía que no hacerlo era igual a decepcionarla.

Pero no solo pensaba en los efectos negativos que aquello podía tener para nuestra relación, también en mi inutilidad como hombre. Me pareció demasiado.

—Así me gusta, Marco.

— ¡Eres una zorra! — exclamé, totalmente fuera de sí. Cuando llegué a la intensidad deseada, me pidió que mantuviese el ritmo. La complací, porque no hacerlo me parecía un crimen.

— ¿Te gusta dominarme?

—Por supuesto— susurré

— ¿Y en este momento no te consideras el dominado?

Efectivamente, de los dos, el dominado era yo. Había querido cogérmela por simple orgullo varonil, y ahora no podía hacer otra diferente que cumplir con sus designios.

—Te amo mucho— fue todo lo que pude decir. No me respondió con la prontitud que esperaba.

—Te amo mucho— repetí, bajando la intensidad.

—Muchas personas me lo han dicho, pero solo se lo he creído a dos.

—Joaquín...— me detuve.

—Y tú— concluyó.

De su esposo prácticamente yo no supe nada. Solo su nombre, algunos detalles de la tormentosa relación que tuvieron, y lo muy dolida que ella quedó cuando el muy idiota le rompió el corazón por una mujer más joven.

—Mi amor por ti es verdadero— afirmé—. Se que por momentos puedo actuar de manera in-

madura, pero si de algo no puedes dudar es que te amo.

—Lo sé— reconoció, esbozando una leve sonrisa—. Siempre has sido muy bueno conmigo.

En ocasiones peleábamos. Nunca por celos. Generalmente se debía a detalles menores. Que si yo tenía la casa muy desordenada. Que si las sábanas de su habitación no estaban limpias después de acordar vernos en una hora específica. Que si alguno de los dos se retardaba para ir al trabajo. En fin, nuestras confrontaciones, si es que pueden catalogárselas como tal, carecían de la fuerza necesaria como para preocuparnos más allá del momento.

—Tú también me tratas bien— acaricié su cabello—. Cuando estoy contigo, es como si viviera en otro mundo.

—Ya me lo has dicho, amor— apoyó su quijada en mi pecho.

Algo estaba raro en ella. Nuestras conversaciones siempre tenían un trasfondo, algo destacable. No hablábamos solo por hacerlo.

—Se que lo hemos postergado mucho, pero estaría encantada si...— sus ojos me divisaron de una manera tierna— Bueno, tú sabes a lo que me refiero.

—¿De verdad quieres ser mi esposa?

—La pregunta correcta sería si tú quieres ser mi esposo.

—La mía suena mucho mejor.

—Estamos en pleno siglo XXI— precisó.

Reflexionamos acerca de cuál era el término que sonaba mejor. Cuando comprendimos que los dos estaban bien, y que además no era el momento adecuado para hablar sobre ello, intercambiamos miradas cómplices.

El súbito silencio fue demasiado para mí:

— ¿Me prometes que esto no es una broma?

— Jamás jugaría con tus sentimientos.

Fue como si haya visto la luz al final del túnel. Sentía que la vida, después de apiadarse de mi alma, quería otorgarme la felicidad que siempre consideré arrebatada.

— ¿Cuándo quieres casarte? — le pregunté.

— Hoy mismo me gustaría empezar con el papeleo.

La besé de una manera muy pasional.

— ¿A qué hora sales?

— Solo tengo dos asignaturas en la universidad, así que estaré acá pasado el mediodía.

— Justo a esa hora debo reunirme con Cristóbal.

Ante mi protesta, Francesca me recordó que tenía mucho tiempo postergando el encuentro. Sin decirle nada, me dirigí con mucha prisa hacia el baño. Era tiempo de tomarme una ducha.

Cristóbal era un idiota de primera categoría. Y como todo buen idiota, tenía poder. Era la mano derecha del alcalde.

— Esta será mi última vez con él — me dijo, apenas salí del baño.

Para cambiar de tema, le pedí que escogiera la franela con que yo asistiría a la universidad. Luego de mostrarle varias opciones, se decantó por una azul

marina con el logo de una prestigiosa marca.

—Deberías utilizarla más— afirmó.

—Como usted diga, futura esposa.

Esbozó una sonrisa.

Sin pedírselo, ella misma buscó mis zapatillas preferidas. No sabía cómo responder ante tal gesto, así que solo se me ocurrió besarla. Seguía desnuda, así que también aproveché la oportunidad para acariciarle sus senos. Cuando estaba a punto de nalguearla, su teléfono sonó. Se puso de pie con suma rapidez. No tenía buena cobertura, así que debió dirigirse a la sala. Cuando regresó al cuarto, me encontró completamente vestido.

— ¿No puede haber una excepción por hoy?

— ¡Imposible!

Siempre odié las fotos, pero Francesca las amaba.

—Nos vemos muy graciosos—musitó.

—Claro, tú estás desnuda y yo vestido.

—Si no fueras a la universidad, te pediría que te la quitases.

— ¡Y yo te suplico ahora mismo que te vistas! — exclamé.

Su profesión le facilitaba hacer eso último con gran rapidez. Encendió el motor de su auto pocos minutos después. Mientras nos alejábamos de mi hogar, miré en el retrovisor la pared frontal de la casa. Necesitaba ser pintada cuanto antes. Ya habían transcurrido tres años desde la última vez.

—Llegamos— anunció ella al rato.

Conversamos acerca de nuestro futuro matrimonio. No avanzamos mucho, porque en reali-

dad solo lo hacíamos para matar tiempo. Mientras Francesca me confesaba el momento exacto cuando se convenció de que deseaba ser mi esposa, miré a Samanta bajar del auto de su padre.

— ¿Te gusta?

—Es mi mejor amiga... creo haberte hablado sobre ella.

Reconoció que era hermosa, e incluso me pidió que se la presentase algún día. No pude evitar mostrar mi sorpresa ante su pedido.

—Si quieres hacer un...

— ¡Ya quisieras, bobo! — me pasó la mano por el hombro—. ¿Por qué carajo será que todos los hombres a los cuales he conocido a profundidad sueñan con hacer un trío?

—En mi caso solo es cuando hay dos mujeres— precisé.

—Eso no contesta a mi pregunta.

Le dije que tal vez se debiera a orgullo varonil. Realmente no se me ocurrió otra cosa en el momento. Se mostró satisfecha por mi reflexión. Después de platicar un rato más, nos despedimos con un beso larguísimo. Tocó la bocina de su auto cuando ya me encontraba lo suficientemente lejos.

Entré al salón para realizar la prueba escrita. El profesor no había llegado. Tomé asiento en el pupitre que acostumbraba.

—Buenos días— dije en voz alta, para que nadie se sintiera excluido.

Un rato después entró al aula Samanta. Como era su costumbre, tomó asiento en el pupitre que

estaba justo detrás del mío. La noté alterada. Le pregunté si todo se encontraba en orden.

—Todo mal— contestó, cruzándose de brazos—. Mi papá quiere conocer a Julio.

— ¿Y ustedes ya son novios?

—Esa es la pregunta que me hago todos los días. Ella estaba loca por mi amigo. Soñaba con que le pidiera ser su novia, pero él no hacía más que darle largas al asunto.

— ¿Ya lo pusiste al tanto?

—No lo encontré por ningún lado.

Hablamos un rato sobre el tema. Cuando el profesor entró al aula, me enfoqué de lleno en la prueba escrita. Fui uno de los primeros en terminarla. Después de revisarla, la entregué.

Leí una novela de John Fante en la biblioteca. No era mi autor preferido, aunque sus historias lograban distraerme. Algo similar me sucedía con Henry Miller. Mientras descansaba de la lectura, recibí una llamada. Me sorprendió ver el nombre de Julio impregnado en la pantalla de mi Smartphone.

—Necesito verte.

— ¿Ahora?

—Sí.

Le propuse que nos reuniésemos en la plaza de la facultad.

—Allí nos pueden ver.

Finalmente acordamos conversar en la biblioteca. Le entregué *Pregúntale al viento* al encargado. Julio llegó bastante rápido, pidiéndome de inmediato que tomásemos asiento en el lugar más apartado

de la biblioteca. A medida que fue pasando el tiempo, noté como se calmaba. Aunque me sentí tentado a preguntarle si la amaba, cuando más cerca me encontraba de ello, desistí. De todas maneras creo que ni él mismo sabía cómo responder a eso.

—Lo que no entiendo es como su padre se enteró de lo nuestro.

—Tal vez leyó sus conversaciones

—De ser así, entonces sabrá hasta el lugar donde vivo. Lo aconsejé todo lo que pude.

Tuve clases de matemáticas durante dos horas. Apenas salí del salón, Samanta, que veía la asignatura con otro profesor, quiso hablar conmigo. Le seguí la corriente, aunque no dudé en despedirme cuando empezó a ponerse insoportable.

Una vez dentro del bus, me coloqué los auriculares. Cuando me acercaba a la parada, detuve la música, me quité los auriculares y los guardé en mi bolsillo. Caminé las ocho cuadras correspondientes para llegar a mi hogar, no encontrando a Francesca dentro.

— “Bueno, es hora de dormir” — me dije.

Aunque puse todo mi empeño en ello, fracasé. No podía dejar de pensar en ella. Pasado un rato, recibí una llamada.

—Hola, Marco — me dijo una voz femenina.

— ¿Con quién estoy hablando?

—Soy Jessica.

Supuse que algo andaba mal. No pensé en como diablos ella había conseguido mi número telefónico, pero sí en Francesca.

—Dime que ella se encuentra bien.

—Lo lamento.

Me explicó todo lo que sabía, que de por sí era bastante poco. Sin embargo, estaba completamente segura de algo: Francesca había muerto.

Sin ella, estaba convencido de que mi existencia carecía de sentido. Era la única persona en toda la faz de la tierra que me hacía feliz. Podía prescindir del cariño de mi madre, así como el de mis amistades en la universidad, pero aunque pusiera todo mi empeño en ello, hacerlo con Francesca era imposible. La amaba mucho.

—¿Lo hizo Cristóbal?

—Sí, él mismo confesó todo.

Jessica deseaba que arrastrase todo el peso de la ley, pero a mí realmente me daba igual. Lo sustancial es que Francesca estaba muerta, y jamás volvería a verla. Días después asistí al funeral. El lugar se encontraba repleto de personas. Pensé que muy pocas me reconocerían, pero Jessica se encargó de que tal cosa no fuera así. Fue un momento muy triste. Cuando finalizó el acto, permanecí en el lugar por una hora. Mi madre estuvo acompañándome durante todo ese tiempo. Jamás se lo agradecí de la manera como siento que debí hacerlo. Espero que algún día pueda perdonarme eso.

—Debo renunciar— le informé a mi jefe, cuando éste me llamó para pedirme explicaciones sobre mis inasistencias en el trabajo—. La universidad me consume demasiado tiempo.

Se comportó de una forma muy amable conmi-

go. Por momentos incluso se compadeció. El que si supo o no mi vínculo con Francesca es algo que jamás sabré.

—Lo siento mucho, hermano— me dijo Julio, cuando nos vimos por primera vez desde la tragedia—. Sé cuánto la amabas.

—Y siempre lo haré.

Durante varias semanas limité el uso de mis cuerdas vocales a intervenir en clase. Julio comprendió lo que me sucedía, así que no tuvo problema en darme espacio. Samanta, por el contrario, se puso como loca. Un día, harto de sus bochinchos, le expliqué lo que realmente me pasaba.

— ¡Oh, soy una idiota! — exclamó, mientras se llevaba sus manos al rostro—. ¡Ruego que me disculpes!

—Tranquila, tú no sabías nada.

—Lo sé, pero eso no borra mi falla.

Mi madre intentó darme ánimo. Su persistencia fue asombrosa. Por momentos incluso volví a conseguirle sentido a la vida, aunque en el afán de que su único hijo no cometiese ninguna locura, retomó el viejo papel de insistir que abrazase la fe. Nuestra relación volvió a enfriarse.

La depresión me atacó con todo. Cuando me encontraba solo, no paraba de llorar como un chiquillo. En la universidad podía distraerme, pero en mi hogar, por más que lo intentase, no podía dejar de recordar a Francesca. Lo que más odiaba era no haberme podido despedirme de ella. Muy pocas personas pueden hacerlo de sus seres que-

ridos, pero eso no cambiaba el hecho. Visitaba con frecuencia la fosa en que la habían enterrado. Todo el servicio había sido costado por el gremio en el que trabajaba.

Un día, de regreso a mi hogar, me encontré a Samanta frente a la puerta. Llevaba puesto un vestido azul extremadamente corto

— ¿Que haces acá?

—Necesitaba verte.

La dejé entrar. Había pasado mucho tiempo desde la última vez. En aquella oportunidad se encontraba mucho más ordenado, porque mi madre siempre fue de las que le gustaba causar una buena impresión a las visitas.

—Disculpa el desorden.

—En comparación a otras salas, la tuya se conserva bastante bien.

Me limité a esbozar una sonrisa.

—Has perdido a alguien muy querido— musitó, después de tomar asiento en mi sofá—. Cuando mi madre murió, recuerdo haberla pasado bastante mal.

—No sabía de su deceso.

—Muy pocas personas están al tanto.

Estuvimos hablando un rato acerca de la universidad. Le pregunté el motivo de su última inasistencia. Me contestó con evasivas. Entendí que dentro de sus planes no estaba el darme una respuesta clara a mi interrogante.

—Julio me preguntó por ti.

—Era lo esperable.

— ¿No te gusta eso?

— Si..., pero ahorita no quiero hablar de él. Es contigo con quien deseo hacerlo— sonrió de una manera muy sensual— ¿Cómo te has sentido últimamente? — preguntó, cuando estaba de regreso.

— Tú sabes cuál es mi respuesta— fruncí el ceño.

— Me refería a si has estado mejor.

— Por momentos, sí. Pero luego pienso en ella...

— Debes superar ese círculo vicioso.

En efecto, sabía perfectamente que si deseaba continuar viviendo, era necesario que pusiera de mi parte. Sin embargo, el mero hecho de imaginarme un futuro sin Francesca me desanimaba muchísimo. De estar en mi posición, estoy seguro que ella habría continuado con su vida, porque era una mujer muy orgullosa y con una fuerza mental envidiable. Yo, por el contrario, era un chico muy débil, cuya natural irreverencia no alcanzaba.

Por primera vez en mucho tiempo me enfadó que una chica me coquetease. Samanta era una mujer muy sexy, y con el look que llevaba puesto relucía aún más. Sin embargo, yo no estaba de ánimos para follar.

— Me encuentro muy herido.

— Entonces déjame ayudarte a sanar.

Lentamente se dirigió hacia mi ubicación. Después de tocar mi mano, empezó a besarme. La esquivé. Fue entonces cuando me quitó la sudada franela y besó mi desnudo pecho. Aunque no me

la puso dura, sentí como el deseo se activaba.

—Te quiero, Marco.

—Pero Francesca...

—Sí, ella murió— me interrumpió bruscamente—.

Y es por eso mismo que debes pasar la página.

Su persistencia, la belleza de su cuerpo, el aroma de su perfume y su sensualidad hicieron que la besara apasionadamente, no tardando mucho en pegarla contra la pared.

Para penetrarla, me coloqué un condón. Sin embargo, a juzgar por su silencio, creo que no se habría molestado si lo hacíamos por el método tradicional. Mis sacudidas fueron bruscas. Después de eyacular, le pedí que se voltease. Lo hizo lentamente. A continuación, nos dimos un larguísimo beso.

— ¿Y si vamos a la cama?

Aunque no pude cumplir con su último deseo, ambos nos vestimos y tomamos asiento en el sofá. Nuestra conversación fue diversa. Cuando anocheció, me dijo que debía irse.

Nos despedimos en el zaguán de su hogar.

—Cuando te sientas desdichado, recuerda que puedes contar conmigo.

De regreso, medité sobre lo que había ocurrido. Aunque Samanta había logrado que la mirase con otros ojos, el que en algún momento sintiera por ella lo mismo que por Francesca realmente era una tarea imposible.

Definitivamente lo mejor para ambos era que continuara su relación con Julio.

Capítulo 5

El asesinato de Francesca tuvo incidencia en la política nacional. Los medios de comunicación contrarios al gobierno hicieron especial hincapié en que el asesino era miembro de su mismo partido político. Como las encuestas indicaban que el hecho estaba perjudicando la imagen del presidente de la república, quien a toda costa deseaba reelegirse, el partido eliminó todo registro que lo asociara a Cristóbal, siendo además condenado a 30 años de prisión, la pena máxima en el país.

—Es extraño que nadie se haya comunicado contigo— me dijo Julio, mientras reflexionábamos sobre el asunto—. Eres una víctima, y eso le agrada a la gente. Tal vez deberías identificarte públicamente como su novio.

— ¿Y hacer de su muerte un negocio?... Ni loco.

— ¿La has visitado? — me preguntó a modo de susurro, como si a última hora se lamentara de ello.

—Lo hago tres días a la semana.

— ¿Y eso te hace sentir mejor?

No pude responderle, porque en ese momento nuestro profesor ingresó al salón de clases.

—Buenas días, profesor.

No me respondió el saludo. Algo muy normal en él.

—Veo que están todos— musitó Gustavo.

—Joaquín no, profesor— le informó Paúl.

—Mejor todavía— dijo con voz burlona.

Aunque algunos de los estudiantes presentes en

el aula rieron de manera desaforada, otros guardamos absoluto silencio.

—Profesor, ¿qué opina sobre la prostituta asesinada? — le preguntó Ricardo, su estudiante preferido, no porque sacase las mejores calificaciones, sino debido a la excesiva pleitesía que le rendía.

Sin titubeos, responsabilizó del terrible hecho al gobierno.

—Igual todo este asunto nos deja una importante moraleja.

— ¿Y cuál es? — pregunté, lleno de curiosidad. Cerró la puerta del salón.

—Las prostitutas son un mal para la sociedad.

— ¿Está seguro de lo que dice, profesor?

—Absolutamente, siempre han sido una forma de tentación a nuestros más bajos instintos.

Respiré hondamente. En verdad no quería discutir, porque sabía que si lo hacía, alguien se daría cuenta de lo mucho que valoraba a Estefanía, una mujer de quien en teoría únicamente conocía su nombre y profesión.

—Deberían eliminarlas— espetó Ricardo de manera enérgica—. Siempre traen problemas.

—Me alegra saber que todavía hay quienes piensan con el sentido común.

— ¡Menuda estupidez! — exclamé, sin poder contenerme—. Profesor Gustavo, su argumento es tan pobre que da lástima.

Algunos de mis compañeros, lo más irreverentes, soltaron unas estruendosas carcajadas. De inmediato Gustavo les ordenó que se callasen.

—Te recuerdo que la autoridad acá soy yo.

Fue una declaración de guerra. Por si me quedaba alguna duda, su mirada me lo confirmó. Nuestra confrontación solo acababa de iniciar.

—Las prostitutas son una aberración en la sociedad— sostuvo—. Incluso en las escrituras sagradas se las crítica.

—¿Es usted creyente?

—Así es.

—Entonces su aseveración explica la razón por la cual Jesucristo dejó que apedreasen a María Magdalena.

—Ella fue una excepción.

—¿Y Alejandra?

—Jamás la conocí.

—Pero a Jessica, su mejor amiga, sí.

Intentó negar la afirmación, pero los nervios le jugaron una mala pasada.

—Igual eso no significa nada. Lo correcto en esta vida no siempre es lo que nosotros hacemos. Somos seres imperfectos por naturaleza.

—Y con mentalidades como la suya más aún.

Si había algún estudiante en el salón de clases que seguía de su lado, con mi última afirmación se cambió de bando.

—¿Su esposa está al tanto de sus aventuras nocturnas, profesor?

—Vas a reprobar el semestre.

Agarré mi bolso, estiré mi espalda hasta más no poder, y posteriormente me dirigí hacia la puerta. Pensé en marcharme, pero la ira me tenía cegado.

—Espero que esto lo haga reflexionar.

—¡Y yo que estés satisfecho por desprestigiarme delante de todos!

—Dígame una sola mentira que de mis labios hayan salido y ahora mismo me corto un brazo.

—No entiendo porque defiendes a una simple prostituta.

—Porque esa prostituta era mi prometida— le informé tranquilamente—. Y la amé como estoy seguro que jamás podré hacerlo con nadie más.

Después de revelarle la razón y provocar en el aula un súbito silencio, me despedí de todos los presentes con una naturalidad increíble. Samanta me interceptó en las escaleras.

—Fuiste muy grosero

—Solo me manejé con la verdad.

Me recriminó la dureza con que la había utilizado. Como no estaba dispuesto a reconocer mi error, la acusé de ponerse del lado de Gustavo. Me enfadó no haber conseguido que se molestara, porque en ese momento lo único que deseaba era discutir. La ira que sentía en mi interior gozaba de una intensidad con la que jamás me había topado. Estaba totalmente convencido de que no valía la pena seguir viviendo. En ello no solo afectaba su muerte, también lo era el país en que me encontraba y la grave situación económica que padecía, sumado a la crisis editorial. Por si todo ello fuera poco, también me sentía solo. Tenía amigos, e incluso confiaba en ellos, pero no me atrevía a confesarles lo mal que me sentía;

mucho menos de los deseos que recurrentemente me invadían para acabar con mi propia vida.

Tuve que esperar bastante tiempo para que el bus de la universidad arrancase. Por razones del destino, cuando ya estábamos a punto de partir, Maximiliano entró a último momento y se sentó a mi lado. Sus halagos me resultaron muy empalagosos.

—Te quedaste callado. Así que una de dos: o no estabas de acuerdo con lo que yo decía, o eres todo un hipócrita.

Cerró el pico de inmediato.

Al entrar a mi hogar, dejé caer el bolso al suelo y me dirigí hacia la cocina. Tenía mucha hambre, aunque estaba escaso de provisiones. Ya no trabajaba, y eso se hacía notar. Luego de beberme un vaso con leche, me acosté en la cama de mi madre. No podía hacerlo en la mía, porque la sola idea me atormentaba

Lo primero que hice al despertar fue divisar el reloj. Había dormido más de cinco horas. Me sentía un poco mejor, aunque solo eso: un poco. Hurgué en toda la cocina para ver si había algo que pudiera cenar. La inspección fue rápida, porque a excepción del empaque con leche, no tenía otra cosa. Justo cuando estaba por echar el líquido restante en un vaso, recibí una llamada. Al ver de quien se trataba, respiré hondamente.

—¿Cómo estás, hijo?

—Vivo.

—¿Te encuentras en la casa?

—No.

Me preguntó si estaba bien de provisiones. Le contesté afirmativamente, porque prefería mentir a pedirle dinero.

—Igual te voy hacer un depósito.

A modo de agradecimiento, continué hablando un rato más con ella. Cuando ya la conversación se me hizo insoportable, le dije que tenía mucho sueño. Nos despedimos de buena manera.

El depósito tardó más de lo esperado, aunque finalmente llegó. Era bastante dinero. No solo pude hacer el mercado de la semana, también compré unas hamburguesas.

Como ya había anochecido, y los recuerdos a esas horas con Francesca eran escasos, fui a mi habitación. Cuando estaba a punto de encender el televisor, el timbre de mi hogar sonó.

—Necesitaba hablar contigo— me dijo Samanta, apenas abrí la puerta.

Dejé que entrase. La idea de pasar tiempo con ella no me quitaba el sueño, pero era de las pocas personas con quienes me agradaba hablar— solo por un rato—, desde la muerte de Francesca.

—La sala está mejor— reconoció, mientras se dirigía a la cocina—. Acá sucede lo mismo— afirmó, cuando llegó al lugar.

—Es tu primera vez — le recordé.

—Ah... cierto— esbozó una sonrisa—. Visité la cocina de Julio, e incluso hicimos varias veces el amor allí, pero nunca había estado en la tuya.

El que nombrase a Julio tan rápido encendió mis

alarmas. Le pregunté si todo estaba bien entre ambos

Negó con la cabeza.

—Es un idiota de primera clase.

—¿Qué te hizo?

—Nada. Él nunca hace nada.

Estaba herida. Me pareció una buena idea abrazarla.

—Tengamos sexo.

—Samanta...

—Ni se te ocurra resistirte.

Después de besarme la boca, me desabrochó el cierre del pantalón.

Capítulo 6

Es increíble lo mucho que puede hacerte reflexionar un polvo. Con Francesca ya había llegado a esa conclusión, pero Samanta se encargó de que la confirmase. La decisión sobre mi futuro estaba tomada. El despertarme en mi cuarto, desnudo, sin nadie a mi lado, pero conocedor de lo que había pasado la noche anterior, hizo que me convenciera de una vez por todas sobre lo que debía hacer. Tenía mucho tiempo pensando en ello, pero por una u otra razón siempre descartaba la idea... hasta ese momento. Ya no había vuelta atrás. Mi sufrimiento acabaría de una vez por todas. Por fin pondría de mi parte.

—Aquí estás, amor— dije, frente a la lápida de Francesca—. Quería visitarte ayer, pero la depresión por tu pérdida hizo que durmiera durante toda la tarde.

Me la imaginé asintiendo con la cabeza.

—Pronto nos veremos— aseguré—. Si el cielo existe, y Dios fue benevolente con nuestras almas, será allí— elevé el tono de voz—, pero si estamos en caminos diferentes, prometo no dar ningún tipo de descanso a mi alma hasta encontrarte. Y si eso causa mi perdición, la aceptaré gustoso. Porque mi amor hacia ti, fue, es y seguirá siendo infinito.

Me arrodillé en la tumba sellada, y después de expulsar algunas lágrimas, besé la lápida. La primera parte del plan estaba lista; era tiempo de continuar. En cuanto a la segunda, la cumplí solo una media hora después, al ser recibido por Julio en su hogar.

—Una editorial mexicana está interesada en mi novela— me informó.

De inmediato lo felicité, y le dije que tarde o temprano obtendría reconocimiento como novelista. Mis halagos lo incomodaron, informándome de inmediato que acababa de terminar mi obra.

— ¿Y cuál es tu veredicto?

Sentía que el corazón se me iba a salir del pecho. Era la primera vez que alguien más leía mi novela.

—Debes encontrar un editor cuanto antes.

— ¿En serio?

—Claro que sí— sonrió—. Y quien te diga lo contrario, no sabe nada de Literatura. Yo no soy ningún experto en el tema, pero es que uno no debe serlo para darse cuenta que tiene ante sí a una gran obra cuando se la lee.

Sus halagos provocaron un fuerte debate en mi interior. Ya no tenía la misma seguridad de estar escogiendo la decisión correcta. La idea de acabar con mi vida, aunque seguía sin parecerme descabellada, había perdido fuerza. Reconozco que la ambición de ser publicado influyó. De pronto se me vinieron a la mente algunos escritores que obtuvieron fama de manera póstuma. Aunque muy pocos se atrevan a decirlo públicamente, el artista, como el ente creador que es, siempre lo mueve una ambición: el reconocimiento. No suena bonito, pero es comprensible. El arte es realizada por el humano, quien a su vez forma parte de la sociedad, y aquel es un lugar en que todos nos queremos superar, y lo que es más importante, conseguir reconocimiento,

o para decirlo de una manera menos eufemística, dejar un legado. Esa es la ambición del artista.

Estuvimos hablando durante más de una hora acerca de distintos temas. Cuando nombró a Samanta, palidecí por un instante.

—Sé perfectamente que ella me ama, o al menos eso piensa— dijo con un tono de voz convincente—. Para un chico como yo, aquella es una bendición. Antes de conocerla, estaba convencido que moriría virgen.

—Estás exagerando— masculé.

—Bueno, tal vez sí— reconoció, movimiento levemente la zona inferior de su labio—. Pero el que una chica como Samanta se encaprichase con un ser como yo, tan feo, difícil de comprender, y generalmente falto de dinero, carece de todo tipo de lógica.

—Tal vez le guste los chicos complicados.

—Claro que sí, ¿o acaso como explicas que se haya acostado con los dos?

Julio no solamente dijo aquello con buen humor, sino que además me divisó de una manera que evidenciaba todo menos ira.

—Tranquilo, no estoy molesto contigo por eso— afirmó—. De hecho, en ningún momento ha sido así. Claro que hubiera preferido que me lo informaras, pero entiendo que podías sentirte cohibido a ello.

Me pareció una completa idiotez negar la acusación. Con cierto nerviosismo, reconocí que nos habíamos acostado.

— ¡Esa chica está tan loca como nosotros! — exclamó, después de un súbito silencio—. Puede

enamorar a prácticamente cualquier hombre sobre la faz de la tierra..., pero prefiere buscar el amor en personas como nosotros. No sé tú, pero solo de pensar lo buena que es, me la pone dura.

—Realmente nunca he considerado que se acueste con nosotros porque sienta lástima por nuestra existencia.

—Y yo tampoco— aseguró—. Es posible que cierta carencia maternal influya en su actitud. No obstante, en todo momento he estado convenido que me ama, y aunque desconozco muchas cosas del idilio que ambos sostienen, estoy seguro que fue ella quien tuvo la iniciativa.

Samanta me profesaba gran afecto y eso iba más allá de una simple amistad, porque hacía tiempo que veníamos manteniendo una relación de tipo sexual. Sin embargo, el que eso se tradujera en amor, ni siquiera se me había pasado por la mente.

—¿Ahora entiendes por qué no puedo formalizar una relación?

—Agradezco que te hayas abierto de la manera como lo hiciste— le dije genuinamente—. Sé lo difícil que eso puede llegar a ser. Y por eso mismo me siento en el deber de informarte que no me molestaría que ambos profundicen su vínculo. Yo no la amo, y para ser honesto, jamás podré. Desgraciadamente, el amor de mi vida fue asesinada.

Julio se puso de pie, caminando de un lugar a otro en la sala.

—Sé que sonará un poco cruel, pero te creía más inteligente.

—Entonces lamento decepcionarte.

Me explicó todo de una manera meticulosa. Rápidamente entendí cuan errado había estado. En realidad, aunque a simple vista no lo pareciera, Julio la amaba mucho. Sin embargo, paradójicamente, era la violencia del sentimiento la que lo alejaba de Samanta.

—Soy un especialista en herir a las personas. Mi consejo es que busques alejarte de mí en algún momento, porque tarde o temprano te decepcionaré. Es una maldición que poseo.

Por primera vez sentí desdicha por alguien diferente a mí. Y lo peor de todo es que lo hacía con mi mejor amigo, a quien creía conocer como la palma de mi mano. Julio era un ser extraordinario, no solo gozaba de un talento nato para escribir, sino que además poseía una personalidad compleja.

Estuve a nada de confesarle el plan que mi mente había elaborado horas atrás. De haberlo hecho, estoy seguro que me habría convencido de cambiar de opinión. No obstante, el destino tenía estipulado que mi final se acercaba, puesto que el libro de mi vida no sería tan extenso como otros, y, por ende, a la temprana edad de veintiún años me encontraba escribiendo las últimas letras.

—Ahorita vuelvo— me dijo Julio, antes de agarrar su teléfono por una llamada.

Acto seguido, se dirigió con mucha prisa a lo que seguramente era su cuarto, porque rápidamente escuché como cerró una puerta y encendió el televisor. Cinco minutos después, me levanté del sofá y caminé hacia la mesa. Una vez allí, agarré un lápiz que pernoctaba en el lugar y coloqué la punta sobre una hoja blanca. Para que no hubiera ningún tipo de dudas

acerca del origen de lo allí escrito, coloqué mi rúbrica al final. Luego, un tanto ruborizado, salí por la puerta, dejándola abierta, porque ésta era muy pesada, y al cerrarla era posible que su sonido provocase que Julio advirtiera mi salida.

Al entrar a mi hogar, lo primero que hice fue quitarme los zapatos y las medias. La idea de morir en completo silencio me parecía abominable, así que luego de encender la laptop, reproduje la popularmente conocida Sonata Claro de Luna. Una vez iniciada la composición, me dirigí lentamente hacia mi cuarto. Estuve cinco minutos acostado en la mugrienta cama, recordando los lindos momentos que había tenido con Francesca.

Convencido que ya no había vuelta atrás, coloqué las epístolas que le había escrito a todos aquellas personas con quienes me sentía en deuda. Aunque en esencia contenían lo mismo, cada uno poseía un tono y mensaje propio. En el caso puntual de la carta destinada a Julio, además de agradecerle por su amistad, también le entregaba los derechos de mis dos obras escritas— la que él había leído y ésta, que tenía un final diferente, aunque igual de trágico— Por lejos, esa me parecía la misiva más importante. Al salir del cuarto, cerré la puerta. Con apenas veinte años, fue la última vez que lo hice. De inmediato me ocupé en consumir pastillas de todos los colores y formas. Mi muerte no fue instantánea. Tuve tiempo para decir:

—La muerte, la nada y Francesca.

Luego de ello, la divisé de nuevo.

Contenido

Capítulo 1	5
Capítulo 2	13
Capítulo 3	19
Capítulo 4	29
Capítulo 5	41
Capítulo 6	47
 Parte II	 59
 Capítulo 1	 61
Capítulo 2	67
Capítulo 3	77
Capítulo 4	87
Capítulo 5	101
Capítulo 6	109

La primera edición de este libro se diseñó y exportó para su publicación en **Amazon** el día 29 de junio de 2025, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en el continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; el mismo día, pero de 1888 en que nació en El Moján (estado Zulia) el pintor Cástor Emilio Almarza Paz, llamado El Maestro, (murió en Maracaibo el 4 de mayo de 1951). Recibió clases de pintura al óleo en la Escuela de Artes y Oficios de Maracaibo (1899-1901), fue miembro del Círculo Artístico del Zulia, obtuvo Diploma de Honor en la I Gran Feria Exposición Agropecuaria, Industrial y Comercial de Barquisimeto (1940) y fue un destacado docente de las artes plásticas. En el municipio Mara un teatro lleva su nombre. La familia mantiene inédito un drama en verso suyo, titulado El calvario de un amor. El artista Edgar Queipo lo pintó como un homenaje permanente al pintor del Moján, utilizando la técnica Acrílico, mixta s/ tela, siendo sus dimensiones 80 x 60 centímetros, de 2014, y forma parte de la colección del artista.

sultanadellago.com